

EL MUNDO Y EL TIEMPO EN EL MAPA DEL BEATO DE OSMA*

Serafín Moralejo

Con una curiosa etimología isidoriana — «se llaman páginas porque se pegan (*compingantur*) unas con otras» —, concluye el texto del *Comentario sobre el Apocalipsis* atribuido a Beato de Liébana. Trabajando quizás al dictado, Egas, el escriba del Beato de Lorvão, anotó: «se llaman páginas porque se pintan (*quod pingantur*) unas con otras». ¹ No podría ser más oportuno el lapsus en cuanto reconocimiento del excepcional protagonismo concedido a la iluminación en las copias del *Comentario*. Aunque el sobrio códice portugués no sea la muestra ejemplar al respecto, el nombre de Beato evoca hoy manuscritos generosamente ilustrados a plena o doble página incluso, más plenas aún por lo saturado de su color.

La ilustración a doble página es sólo común en el dominio de la cartografía, donde seguramente se originó. Con el mapamundi que ilustra las «sortes apostolorum» en el prólogo del libro II, se introdujo este recurso monumental en los manuscritos del *Comentario* y allí se extendería a otras escenas en los códices de más reciente tradición. ² La ilustración apocalíptica hispana debe pues su más original y espectacular fórmula a una imagen intrusa en su contexto, aunque sea de las pocas que el propio texto de Beato reclama. Tras glosar, siguiendo a san Isidoro, los nombres de los apóstoles y las tierras del orbe que a cada uno de ellos le correspondió evangelizar, invoca el autor la mayor eficacia didáctica de la imagen: «Et quo facilius haec seminis grana per agrum huius mundi profetae laboraverunt et hi metent, subiectae formulae pictura demonstrat». ³

Los dieciséis mapas que se conocen inspirados en el referido pasaje constituyen uno de los capítulos más amplios y homogéneos de la cartografía occidental hasta comienzos del siglo XIII; y en él destaca, por la riqueza de su documentación y ornato, el que se despliega en los ff. 34v-35 del ejemplar de Osma. ⁴ De entre los genuinos representantes de la versión más antigua del *Comentario*,

* Agradezco a John Williams su generosa asistencia en cuestiones bibliográficas, y a mi hermano José Luis, Catedrático de Latín de la Universidad de Alcalá, su paciente consejo sobre hipótesis filológicas que sometí a su consideración. Mía es la osada responsabilidad de sostenerlas, invadiendo campos tan entrañablemente familiares como científicamente ajenos.

1. A. DE EGRY, *Um estudo do Apocalipse de Lorvão e a sua relação com as ilustrações medievais do Apocalipse*, Lisboa 1972, 91. Cfr. *Sancti Beati a Liebana Commentarius in Apocalypsin*, ed. E. ROMERO POSE, Roma 1985, II, 427.
2. J. WILLIAMS, *Early Spanish Manuscript Illumination*, Nueva York 1977, 24-25, puso ya de relieve la singularidad hispánica en este recurso, propio de los códices de la familia II. Excepcionalmente, una sola *storia* ocupa dos páginas en el de Osma, pero en el recto y verso de un mismo folio. Véase el comentario de WILLIAMS al f. 102.
3. Ed. ROMERO POSE, I, 191-193; M. A. BALOIRA BERTOLO, «Doctrina de la dispersión apostólica en Beato», *Compostellanum* XXX, 1985, 289-316.
4. Para los mapas del *Comentario*, W. NEUSS, *Die Apokalypse des Hl. Johannes in der altspanischen Bibel-Illustration (Das Problem der Beatus-Handschriften)*, Münster i. W. 1931, 62-65 y 140-141; G. MENÉNDEZ PIDAL, «Mozárabes y asturianos en la cultura de la alta Edad Media, en relación especial con la historia de los conocimientos geográficos», *Boletín de la Real Academia de la Historia* CXXXIV, 1954, 137-291; C. CID, «Santiago el Mayor en el texto y en las miniaturas de los códices del "Beato"», *Compostellanum* X, 1965, 231-282; J. VERNET GINÉS, «Cartografía e imagen de la España medieval», *Curso de conferencias sobre Historia de la cartografía española*, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Madrid 1982, 9-20. Para el de Osma en particular, S. MORALEJO, «Las Islas del Sol. Sobre el mapamundi del Beato del Burgo de Osma (1086)», *A Imagem do Mundo na Idade Média*, Actas do Colóquio Internacional organizado por H. Godinho (1989), Lisboa 1992.

es además nuestro códice el único que ha conservado el mapamundi en su integridad (figs. 1-2). Del mapa del *Beato* de Lorvão, posterior en un siglo aunque más fiel quizás al arquetipo, sólo nos ha llegado el folio correspondiente al hemisferio austral (fig. 3). El de Saint-Sever representa, en realidad, una síntesis de las dos grandes ramas de la tradición ilustrativa, enriquecida con nuevos materiales tomados de Orosio, de Isidoro y de la historia eclesiástica de las Galias. La disparatada cosmografía del llamado *Beato* Navarro o Gascón de París reduce, en fin, su testimonio a mera curiosidad marginal (fig. 4). Fuera de la estricta tradición del *Comentario*, aunque de ella dependientes, contamos con otras dos muestras de esta primitiva fórmula cartográfica, ambas del siglo XII: el mapamundi que ilustra un códice misceláneo procedente de Oña y conservado en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, y los restos, muy degradados, de un insólito mapa mural y rupestre (fig. 5) en San Pedro de Rocas (Orense).⁵

Es esta primera rama o familia de manuscritos la que más literalmente ilustra el ya comentado pasaje relativo a la dispersión apostólica. Mientras que los códices de la más nutrida familia II se limitan a incluir un mapamundi, precedido, en algunos casos (familia IIB), de la representación del colegio apostólico, los de la rama I distribuyen a los apóstoles, significados por sus cabezas, por las tierras del orbe que les cupieron en suerte.⁶ Difieren también una y otra familia en la fórmula cartográfica adoptada. Si la rama II recurre generalmente al formato rectangular, con raíces hispanas en la *Geografía* de Orosio, la familia más antigua adopta el esquema circular o elíptico, respaldado por la autoridad de Isidoro. Ambos tipos aparecen *orientados*, en el sentido más literal del término, con el Este en el lugar de nuestro Norte, tal como se orientan los templos cristianos y como suelen representarse aún sus plantas. Común a ambas fórmulas es también la esquemática tripartición de la tierra por medio de los ejes acuáticos que componen el Mediterráneo y los ríos Tánaís (Don) y Nilo, con el Mar Rojo, como límites de los continentes entonces conocidos: Europa, Asia y África. En el caso de los mapas circulares, como es el nuestro, este escueto diagrama resulta ser, a la vez, monograma de la realidad misma que evoca. Las fronteras acuáticas se estilizan para sugerir la forma de una T que, inscrita en la O conformada por el orbe oceánico, completa las siglas del *Orbis Terrarum*.

Quien, como Isidoro, vio en letras y palabras cifras cuasi icónicas de la realidad, no podía sustraerse a la fascinación de una fórmula que se erigía a la vez en nombre e imagen de lo representado: en su híbrida figura etimológica. A ello se añadía el refrendo de una historia, igualmente estilizada, que atribuía el poblamiento del orbe a las tres razas descendientes de los hijos de Noé.

41-61 (avance parcial de las investigaciones aquí recogidas). Sobre la cartografía medieval en general, K. MILLER, *Mappaemundi. Die ältesten Weltkarten*, Stuttgart 1895-1898, I-VI (I, 34-36, para Osmá); M. DESTOMBES, *Mappaemondes A.D. 1200-1500*, Amsterdam 1964; J. - G. ARENTZEN, *Imago Mundi Cartographica. Studien zur Bildlichkeit mittelalterlicher Welt- und Oekumenenkarten unter besonderer Berücksichtigung des Zusammenwirkens von Text und Bild*, Munich 1984; O. A. W. DILKE, *Greek and Roman Maps*, Londres 1985; J. B. HARLEY, D. WOODWARD, *The History of Cartography*, I, Chicago 1987, 303-305, para los mapas del *Comentario*; G. HAMANN, «Historische Kartographie zum Weltbild des Hohen Mittelalters», *Popoli e paesi nella cultura altomedievale. Settimane di studio del Centro di studi sull'alto medioevo* XXIX (1981), Spoleto 1983, II, 751-795; A. - D. von den BRINCKEN, «Weltbild der lateinischen Universalhistoriker und -Kartographen», *ibid.*, I, 377-421; *id.*, «Romazentrische Welt darstellung um die erste Jahrtausendwende», *Kaiserin Theophanu. Begegnung des Ostens und Westens um die Wende des ersten Jahrhunderts*, ed. A. von Euw, P. Schreiner, Colonia 1991, 401-411. De esta misma autora se anuncia *Finis Terrae. Die Enden der Erde und der vierte Kontinent auf mittelalterlichen Weltkarten*, en *MGH (Schriften)*, 36.

5. Para el mapa de Lorvão (Lisboa, Arquivo da Torre do Tombo), EGRY, 135-137 y lám. XVII. Para el de Saint-Sever, F. DE DAINVILLE, «La Gallia dans la mappemonde de Saint-Severs», *Actes du 93e Congrès national des sociétés savantes* (Tours 1968), *Section de Géographie*, Paris 1970, 391-404; BEATO DE LIÉBANA, *Comentarios al Apocalipsis y al Libro de Daniel*, Edición facsímil del códice de la abadía de Saint-Sever, conservado en la Biblioteca Nacional de París bajo la signatura Ms. lat. 8878, Madrid 1984, ff. 45 bis v-45 ter; y las actas de colquio *Saint-Sever. Millénaire de l'abbaye, Mont-de-Marsan 1986*. Sobre el Navarro o Gascón (París, BN, ms. n. a. lat. 1366), F. AVRIL et al., *Manuscrits enlumines de la Péninsule Ibérique*, Paris 1982, 66-67; y MILLER, I, 30-34, y II, lám. 2. Para el de Oña (Milán, Biblioteca Ambrosiana, ms. F. sup. 105, ff. 71-72c), L. VÁZQUEZ DE PARGA, «Un mapa desconocido de la serie de los "Beatos", *Actas del simposio para el estudio de los códices del «Comentario al Apocalipsis» de Beato de Liébana* (1976), Madrid 1978-1980, I, 273-278. Para el de Rocas, S. MORALEJO, «El mapa de la diáspora apostólica en San Pedro de Rocas: notas para su interpretación y filiación en la tradición cartográfica de los "Beatos", *Compostellanum* XXXI, 1986, 315-340.

6. NEUSS, 141, no creía que la inclusión de las efígies de los apóstoles en el mapa remontase a su arquetipo, lo que ya objetó razonablemente CID, 264. Aparte de su literal adecuación al texto, las notables variantes que presentan en su formulación iconográfica los testimonios hoy conocidos —dos de ellos ignorados por el investigador germano— parecen confirmar la antigüedad de su tradición.

El escenario de la inicial dispersión de la humanidad —de la carne—, vendría luego a conocer la diáspora del espíritu.

Pero el interés del mapamundi del *Beato* de Osma no se reduce a la documentación que ofrece para la historia de una vieja tradición cartográfica. La valoración de los manuscritos «tardíos» del *Comentario* como meros vestigios de sus modelos desaparecidos o de las vicisitudes por éstos experimentadas, ha dejado paso, en los últimos años, a su consideración como legítimos productos de su tiempo y lugar, no sólo en su estilo, sino también en lo que a su imaginiería se refiere.⁷ Si el texto de *Beato* permaneció, en lo fundamental, inmutable en sus diversas tradiciones —salvo inevitables corrupciones y correcciones—, sus sucesivos ilustradores no cesaron de reelaborar consciente o inconscientemente su sentido a través de las glosas, nuevos acentos e incluso interpolaciones que las imágenes vinieron a aportarle.

Testimonio excepcional de esta prolongación de la exégesis en el ámbito figurativo nos lo ofrece el mapamundi oxomense. Fruto de una geografía inseparable de la historia —no sólo como su marco de acción, sino también en cuanto por ella conformada—, nuestro mapa se abre al acontecer, a la *noticia* de su presente, en términos incluso coyunturales. En él tienen cabida tanto la ya mítica memoria de Troya como la palpitante actualidad de una Compostela que por entonces se afirmaba como uno de los santuarios mayores de la cristiandad, o la celebración de una Toledo recién conquistada. A los *Beatos* del siglo x los ha venido prestigiando, en la erudición popular, su más que dudosa condición de heraldos de los terrores del año 1000. Al de Osma lo realza, en cambio, la impronta cierta de los afanes del 1086, de acontecimientos no menos relevantes y de plena consistencia histórica. En esta perspectiva, no existen *Beatos* «tempranos» o «tardíos», sino vigentes —siempre tempranos para su momento— o rutinarios, y el de Burgo de Osma es de los primeros.

Son precisamente las huellas de su edad, sobre la inercia de su tradición, las que van a centrar nuestro interés en la exploración del orbe oxomense. Pero la novedad de este manuscrito no se limita a las numerosas particularidades de su cartografía. Como señala John Williams en este mismo volumen, no son pocas las ocasiones en las que sus iluminadores se permitieron licencias con respecto a las pautas establecidas de la imaginiería apocalíptica, y algunas de éstas pudieron incluso llegar a cuajar, aunque con alcance limitado, en tradición propia. A conclusiones paralelas llega Eugenio Romero-Pose estudiando el códice desde el punto de vista textual. Una cierta intención revisionista parece haber animado la labor de Pedro y Martín, tanto en lo que el término significa de restauración o retorno a las fuentes como de ajuste al nuevo tiempo al que la obra se destina. Por lo que al mapa respecta, cabría casi hablar, como veremos, de una nueva edición.

DE LOS ANTÍPODAS A LOS ESCIÁPODOS

En ambas familias de manuscritos, el elemental diagrama tripartito del orbe se presenta ya contaminado por otro tipo cartográfico que la Edad Media recibió también de la Antigüedad tardía: el mapa zonal, llamado «macrobiano», con divisiones horizontales que señalan de Norte a Sur los distintos climas del orbe.⁸ La porción extrema del hemisferio austral se segrega así de África y Asia por un brazo

7. Pioneras en este sentido fueron las observaciones de M. SCHAPIRO sobre los códices de Silos y Saint-Sever, accesibles hoy en *Romanesque Art*, Nueva York 1977, 28-101 y 306-327. En una similar perspectiva, O. K. WERCKMEISTER, «Pain and Death in the Beatus of Saint-Sever», *Studi Medievali* XIV, 1973, 565-626; *id.*, «The First Romanesque Beatus Manuscripts and the Liturgy of Death», *Actas*, cit. n. 5, II, 165-200.

8. Sobre el mapa macrobiano, ARENTZEN, 67-73. Para su ilustración, C. SANZ, *El primer mapa del mundo con la representación de los dos hemisferios*, Madrid 1966.

oceánico para constituir la abrasada *terra incognita* del cuarto continente, supuestamente habitada por unos antípodos que ya Isidoro considera fabulosos:

«Extra tres autem partes orbis quarta pars trans Oceanum interior est in meridie, quae solis ardore incognita nobis est; in cuius finibus Antipodes fabulose inhabitare produntur» (*Etym.* XIV, 5, 17).⁹

Tal es el texto que, más o menos resumido o parafraseado, incluyen como glosa a esta ignota región la mayoría de los mapas conocidos de una u otra familia. El de Osma aporta, sin embargo, la novedad, no suficientemente valorada, de sustituir la mención de los antípodos por la de los esciápodos, lo que se refleja además en su ilustración. Un imaginario antepasado de los patagones ocupa allí la tierra austral, protegiéndose del rigor solar con su único y descomunal pie alzado, de acuerdo con el texto adyacente, también de origen isidoriano en lo que supone de variante con respecto al anterior:

«Hec regio ab ardore solis incognita nobis et inhabitabilis manet. Sciapodum gens fertur habitare singulis cruribus et celeritate mirabili quos inde sciopodas greci vocant eo quod per estum in terra resupini iacentes pedum suorum magnitudine adumbrentur».¹⁰

De esta innovación se hizo eco el llamado *Beato* navarro o gascón, que incluye la imagen del esciápedo, aunque fuera de lugar y sin letrero que la justifique.¹¹ La leyenda original isidoriana se mantuvo íntegra, en cambio, en los mapas de Saint-Sever y Oña, y de su parafrasis quedan también indicios en el mural de San Pedro de Rocas, que pueden restituirse con ayuda del correspondiente letrero en el mapa de Lorvão: «[Adest regio solis ardore] INC[ognita n]OBI[s et in]HABITA[bilis] A[nt] IPO[de]S [habi]TA[r]E IBI [dic]VN[t]VR».¹² Pero el letrero del *Beato* portugués prosigue con una caracterización de los antípodos que nada tiene que ver con ellos y que se ajusta, en cambio, a la iconografía de los esciápodos: «homines pedem latum habentes de quo pede umbra sibi ad calorem adhibetur».¹³ Aunque no retenga su imagen ni su nombre, el autor del mapa de Lorvão hubo pues de conocer un modelo en el que ya se describiera —o se figurara?— al esciápedo. La fecha, más tardía (1189), de este manuscrito invita en principio a pensar que la tradición del letrero original, referido a los antípodos, se contaminó allí con la variante que en Osma se detecta. Pero el mayor conservadurismo del

9. Cito por la edición bilingüe de J. OROZ RETA (SAN ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, Madrid 1982-1983), que sigue la clásica de W. M. LINDSAY, *Isidori Hispalensis Episcopi Etymologiarum sive originum libri XX*, Oxford 1911. Para la cultura isidoriana, subyacente en nuestro mapa, véase la introducción de M. C. DÍAZ Y DÍAZ a la primera de estas ediciones, y J. FONTAINE, *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*, París 1959.

10. Cfr. *Etym.* XI, 3, 23. La ed. cit., II, 51, yerra al dotar a los esciápodos de «extraordinarias piernas», de donde proceden los «pies desmesurados» de que habla J. YARZA LUACES, contrastándolos con la única extremidad que otros testimonios les atribuyen (*Formas artísticas de lo imaginario*, Barcelona 1987, 159-160). En realidad, siguiendo a Plinio, esto es lo que el propio Isidoro da a entender por «singulis cruribus»: que cada uno de ellos tenía una sola pierna; el «pedum», plural, que sigue es, por supuesto, colectivo, referido a toda la raza. PLINIO los designa como «monocoli», término que es transcripción del griego *monocholoi*, «de un solo miembro» (*Nat. Hist.* VII, 23; ed. H. Rackham, Londres - Cambridge Ma. 1969, 520-521). Si la denominación funcional de «sciapodas», que también recoge Plinio, acabó por desplazar a la morfológica de «monocoli», fue por la confusión a que ésta se prestaba con los cíclopes («monoculi»). Sobre la etnografía monstruosa medieval, J. B. FRIEDMAN, *The Monstrous Races in Medieval Art and Thought*, Cambridge, Ma. - Londres 1981; R. WITTKOWER, «Marvels of the East», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* V, 1942, 159-197 (= *Allegory and the Migration of Symbols*, Boulder, Co. 1977, 45-74); V. H. DÉBIDOUR, *Le bestiaire sculpté en France*, Mulhouse 1961; G. - H. ALLARD et al., *La marginalité au Moyen Âge*, Montréal 1975, 58-115; C. KAPPLER, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, París 1986.

11. MILLER, I, 30-34, y II, lám. 2; WITTKOWER, 63, fig. 90; FRIEDMAN, 50, fig. 22.

12. MORALEJO, «El mapa de la diáspora», 321. Se ha querido reconocer también al esciápedo en el mural de San Pedro de Rocas (J. M. GARCÍA IGLESIAS, «El mapa de los Beatos en la pintura mural románica de San Pedro de Rocas (Orense)», *Archivos Leoneses* 69, 1981, 73-87, esp. 80, lám. IV), en lo que parece ser más bien la personificación de un viento (MORALEJO, 323-325, figs. 7-8). Para la leyenda de los mapas de Oña y de Saint-Sever, VÁZQUEZ DE PARGA, 275-276 y el facsímil del segundo (*supra*, n.5).

13. EGRY, 137 y lám. XVII. En el inicio del letrero, creo que ha de leerse «Adest», en lugar de «Id est», como hace esta autora.

códice portugués sugiere la posibilidad de que su mapa refleje un estadio anterior al representado por el oxomene, en el que dicha variante, limitada a una parte del texto, no se hubiera consumado todavía en su ilustración. La mención de una «terra de pedes latos» en el mapa de las *Etimologías* que Jimeno copió en San Millán de la Cogolla en el 946, nos da una pista en esta misma dirección (fig. 6).¹⁴ Si el topónimo hace referencia, como parece, a una caracterización de sus habitantes similar a la de los antípodas/esciápodos de Lorvão —«homines pedem latum habentes»—, su localización en el África occidental, con una corriente marítima o fluvial por frontera, no anda lejos de la que otros mapas isidorianos atribuyen al cuarto continente.¹⁵

Aun suponiendo que una simple confusión se encuentre en el origen del relevo de habitantes en esta tierra inhabitable, no ha de verse desinformación o rutina en la sanción final que le prestó el *Beato* de Osma. Por el contrario, más bien hubo en ello una búsqueda de coherencia y no es éste el único punto en el que nuestro mapa se permite enmendar la tradición cartográfica isidoriana a partir del propio Isidoro o de otras fuentes a su alcance. Mayores son, como veremos, las incongruencias, errores y ambigüedades que se encuentran en las referencias isidorianas a los antípodas, como lugar y como gentes.

Para empezar, yerra Isidoro —o los cartógrafos intérpretes de su texto— al identificar el cuarto continente con la «zona torrida» o «perusta» de Macrobio, que es en realidad el espacio climático que comprende el Sur de África (Etiopía) y el Norte de la imaginada tierra austral, con el «alveus oceani» por medio. La fidelidad al esquema O-T del que parten nuestros mapas obliga, por otra parte, a relegar esa «tierra desconocida a causa del ardor del sol» al extremo Sur del orbe, donde propiamente se sitúa la zona «frígida australis». Pero no es allí ni en la «zona torrida» donde los autores antiguos imaginaron a los antípodas, sino en la «zona temperata» meridional, la única que se supuso habitada o, al menos, habitable por simetría climática con la septentrional.¹⁶

Esta cadena de errores se explica por las confusas noticias que da Isidoro acerca de la estructura zonal del orbe. En las *Etimologías* (III, 44; XIII, 5) trata de los círculos o zonas celestes, pero sin aludir más que muy vagamente a su proyección sobre la tierra y a los consiguientes efectos sobre la habitabilidad de ésta. De tales cuestiones sí se ocupó en su anterior tratado *De natura rerum* (X, 1-4), donde reconoce, correctamente, dos zonas templadas y habitables, vecinas de sendas zonas frías y desiertas, y una zona tórrida equinoccial, también inhabitable. Para dar cuenta de su situación correlativa, recurre Isidoro al elemental símil escolar que las compara con los cinco dedos de la mano, pero esta analogía sólo resulta apropiada si se entiende, como hubo de hacerlo quien la acuñó, que la mano o puño cerrado se presenta con los dedos juntos, haciendo el pulgar de polo ártico, según el propio Isidoro indica. El esquema con el que ilustra en su obra este pasaje, con cinco círculos tangentes dispuestos radialmente dentro del orbe, nos demuestra, sin embargo, que Isidoro piensa en la superficie de una mano abierta y con los cinco dedos separados. Como señala Jacques Fontaine, sólo en relación a este esquema se entiende que las dos zonas templadas se sitúen, para Isidoro, la una al Este y la

14. Dos mapas incluyen este letrero, en sendos códices conservados en Madrid, BAH, mss. 25 y 76, procedentes de San Millán (M. MENTRÉ, *Contribución al estudio de la miniatura en León y Castilla en la Alta Edad Media*, León 1976, fig. 4) y de Cardeña (BRINCKEN, «Romazentrische Darstellung», 406 y fig. 2, con errónea atribución a San Millán). MENÉNDEZ PIDAL, 181-184, los considera modelo y copia, fechando el segundo en el 954, mientras que M. DÍAZ y DÍAZ lo data en el 924 (*De Isidoro al siglo XI*, Barcelona 1976, 179).

15. La aparente corriente quizá fuera en principio la franja de dunas (erg) que menciona OROSIO (*Adv. pag.*, I, 2, 93; cit. n. 52) como frontera entre Mauritania y los «Gangines Aethiopes», y que otros mapas indican, con similar trazado, dándole el nombre de «sirtes». Véase P. GAUTIER DALCHÉ, *La «Descriptio Mappae Mundi» de Hugues de Saint-Victor*, París 1988, 144 y 171, láms. I-II, con reproducción del mapa de un códice de las *Etimologías* procedente del Norte de Francia (Munich, Bay. Staatsbibl., cim 10058, f. 154 v; ARENTZEN, figs. 42 y 46). El cuarto continente figura por primera vez y como isla en el detallado mapa isidoriano de la Vaticana, fechado hacia el 775: *Mappa Mundi e codice Vatic. Lat. 6018*, en *Itineraria et alia geographica, Corpus Christianorum*, CLXXV, Turnholt 1965, 455-466, esp. 463; DESTOMBES, 55, sect. 1. 7; MENÉNDEZ PIDAL, 187-188; BRINCKEN, «Weltbild», 398-400; ARENTZEN, 108-112, lám. 40. Véase también el mapamundi de la copia del *Liber Floridus* en Wolfenbüttel (God. Guelf. 1, Gud. Lat., ff. 69v-70), que localiza a los antípodas en una isla del extremo occidental del océano (ARENTZEN, 92, lám. 18). En otro mapa isidoriano, más esquemático, es la India la que se sitúa en el occidente, adoptando la forma característica del cuarto continente (Einsiedeln, Stiftsbibl., Cod. Eins. 263, f. 182; HARLEY, WOODWARD, I, fig. 18. 13).

16. Para las zonas climáticas y su cartografía, *supra*, n. 8.

otra al Oeste —es decir, que no son en realidad más que las dos mitades de la septentrional— y que las dos zonas frías estén para él también comunicadas una con otra. Ni siquiera la impar zona ecuatorial se libra de equívocos, pues al designarla Isidoro como «circulo aestiuuo» la expone a confusión con la templada septentrional.¹⁷ Como habitantes de estos inciertos confines señala, en fin, nuestro autor a los «Aethiopes nimio calore perusti» —no a los antípodas—, dato éste precioso, como veremos, para explicar la presencia del esciápodo en el mapa oxomense.

En la ilustración que estos pasajes alcanzaron en un manuscrito de la Biblioteca Metropolitana de Colonia, datado en el 798 (fig. 7), parece adivinarse la pauta a través de la cual llegaron a cristalizar en la cartografía de nuestros manuscritos tan disparatadas nociones acerca de las zonas y climas del orbe. Siguiendo un esquema de más rigurosa tradición científica, se figura allí el globo celeste a la manera de una esfera armilar, con sus cinco zonas vistas en perspectiva y la tierra en su centro. Pero sólo tres de ellas tienen su proyección sobre nuestro planeta, como a tres se reducían *de facto* las zonas climáticas para Isidoro: la frígida septentrional —inmensa allí, como si incluyera también la austral—, la vecina templada y habitable, y la tórrida equinoccial. El límite Norte de esta última, en su intersección con el orbe terrestre, segrega en éste un segmento de círculo similar, en su localización y extensión, al que representa a la cuarta parte del mundo en nuestros mapas. Que la intersección de los círculos del cielo con el contorno del orbe delimita allí los climas terrestres lo confirman dos importantes letreros: «Rifei montes», en la zona frígida septentrional, y «Aethiopes» en la equinoccial, pese a darse ésta por «inhabitabilis».¹⁸ Significativamente, en los mapas del *Comentario*, los «Riphei montes» —los Urales— marcan el punto más septentrional de la tierra firme y con los etíopes —pues etíopes veremos que eran los esciápodos— remata al Sur el orbe oxomense (fig. 8). Entre un Norte frío y un Sur tórrido, se extiende allí la zona templada y habitable, como el destino del pecador en el *Libro de Job* (24, 19): «Ad nimium calorem ... ab aquis nivium».

En este orbe reducido y climáticamente asimétrico, no hay pues lugar, en rigor, para los antípodas ni para su territorio, a no ser que se los imagine en el reverso de la superficie terrestre. Si en las polémicas que éstos suscitaron se alude frecuentemente a la tórrida e inhabitable zona ecuatorial, no es porque allí se los situara, como Isidoro o sus intérpretes parecen haber entendido; sino sólo a título de obstáculo natural para verificar su existencia o para las migraciones que ésta implicaría en el supuesto de un origen común para toda la humanidad.¹⁹ Es precisamente en este punto donde la creencia en los antípodas entraba en conflicto con la ortodoxia, y más en un mapa conformado por la historia de la doble diáspora de las gentes y de la fe. Se comprende por ello que Isidoro diera su existencia por dudosa, al tratar del cuarto continente, y que la rechace energicamente al enumerar los pueblos de la tierra (*Etym.* IX, 2, 133). Es importante notar, sin embargo, que, aunque Isidoro sigue aquí a san Agustín, no recoge el fondo teológico de su argumentación, por lo que a algunos de sus lectores pudo escapársele el real problema que los antípodas planteaban. Sus objeciones son de carácter físico y en favor de ellas obraba su confusa noción de las tierras y zonas del orbe. Al desplazar a estos seres a una región tenida por inhabitable, incluso por quienes en ellos creían, se hacía más evidente la inverosimilitud de su existencia. Por si fuera poco, en otro pasaje se permite Isidoro conjurar y «racionalizar» a esta incómoda raza reinterpretando su nombre a costa de la monstruosa meta-

17. Véase FONTAINE, cit. n. 9, II, 486-489. Para los referidos textos de Isidoro y su ilustración, ISIDORE DE SÉVILLE, *Traité de la nature*, ed. J. FONTAINE, Burdeos 1960, 209-213.

18. Sobre este códice, Col. 83II, Manuskripten-Bibliothek des Kölner Doms, f. 82, BRINCKEN, «Weltbild», 395-396, fig. 9; FONTAINE, 27-28. Para la atribución a los etíopes del cuarto continente, *infra*, n. 24.

19. Para la polémica sobre los antípodas en sus aspectos teológico y cosmológico, véase el excelente trabajo de V. I. J. FLINT, «Monsters and the Antipodes in the Early Middle Ages and Enlightenment», *Viator* XV, 1984, 65-80; también, FRIEDMAN, 47-48. Por sí sola, la referencia en *Etym.* XIV, 5, 17, al «solis ardore» como causa de que el cuarto continente fuera desconocido no tendría por qué implicar necesariamente para éste un clima tórrido, pues podría igualmente aludir a la barrera que representaba la zona equinoccial para acceder a dichas tierras. Es más bien la exclusión de una zona templada austral, implícita en el *De natura rerum*, la que sugiere que Isidoro identifica el cuarto continente con la zona equinoccial.

morfosis de su anatomía. En vez de ser quienes «sub terris positi adversa pedibus nostris calcent vestigia» (*Etym.* IX, 2, 133), en su acepción original y correcta, una pedestre —nunca mejor dicho— etimología los convierte en seres con pies de ocho dedos e invertidos con respecto a sus propios cuerpos —«plantas versas habent post crura» (*Etym.* XI, 3, 24)—, combinando anomalías atribuidas por Ctesias y Plinio a otras razas portentosas.²⁰ Libia —es decir, África, tanto en las *Etimologías* como en nuestro mapa— es el hábitat que se les asigna.

Aunque Isidoro no presenta explícitamente a estos nuevos antípodas como alternativa a aquellos otros cuya existencia niega, como tal los debieron de entender sus divulgadores. Así, en un *Bestiario* conservado en Cambridge, se contraponen los respectivos pasajes isidorianos, decidiéndose su redactor por la acepción monstruosa de estos seres frente a la geográfica.²¹ Pero tampoco faltaría quien entendiera que la refutación isidoriana alcanzaba a ambas acepciones, que se referirían en realidad a una misma especie; es decir, que aunque Isidoro los describiera en su legendaria apariencia, también negaba su existencia en otro lugar.

Este pudo haber sido el partido tomado por el editor —más que simple escriba o iluminador— del mapa de Osma o de su modelo más o menos inmediato. Para él, no tendría sentido alguno reiterar, en el cuarto continente, un letrero que el propio Isidoro desautorizaba o hacía ocioso en otros pasajes de sus obras. La híbrida alternativa documentada en el *Beato* de Lorvão aportaba la solución de una especie menos conflictiva y adecuada al caso, a la que sólo faltaba restituir su verdadero nombre: la de los esciápodos, que precisamente anteceden a los antípodas, en su acepción monstruosa, en el catálogo de portentos isidoriano (*Etym.* XI, 3, 23). Allí se los presenta como naturales de Etiopía —libios, por tanto, como ellos— y ya hemos visto que a los «Aethiopes» se los situaba en el «circulus solis ardore torrens et inhabitabilis» del códice isidoriano de Colonia o «proximi ... aestuuo circulo» en el texto de *De Natura rerum*. Por otra parte, su único y enorme pie umbeliforme parecía dotarlos mejor para sobrevivir a los rigores climáticos que por error se atribuyeron a todo el continente austral. «Circa ortum solis» o «sub ipsa vicinitate solis» sitúa Isidoro una de las dos regiones que distingue con el nombre de Etiopía, justo en los confines de los «loca exusta solis ardoribus» (*Etym.* XI, 9, 128; XIV, 5, 16-17), y el mapa de Osma incluye consecuentemente el letrero «hic ortus est solis?» junto al poderoso disco solar del que se protege el esciápodos.

En el fondo, el relevo de especies fue casi más un cambio de nombre, pues la anatomía, hábitat y costumbres atribuidas a los esciápodos venían a emparentarlos por igual con la acepción original de los antípodas y con el posterior avatar etimológico que éstos conocieron: en cierto modo —al menos, en la cartografía—, su pie vuelto hacia arriba se oponía tanto a nuestras pisadas como a la normal posición de sus cuerpos.²² Los ocho dedos que exhibe en su pie el esciápodos del mapamundi de la Catedral de Hereford,²³ dan testimonio, de hecho, de su asimilación a los nuevos antípodas isidorianos, y ya se ha visto que en el *Beato* de Lorvão se describía a los antípodas genuinos con los rasgos de los esciápodos. En mapas de ediciones impresas tempranas de la obra de Macrobio se reitera, por cierto, la lectura «Antioipa» por «Aethiopia», dentro de la zona tórrida. Ello sugiere otro posible cauce para la contaminación de *aethiopes* y *antipodes* en la previa tradición manuscrita.²⁴

20. WITTKOWER, 60-61 y fig. 84; FLINT, 71. Cfr. PLINIO, VII, 11, ed. cit., 511.

21. FRIEDMAN, 47 y 221, n. 35, fig. 4. Se trata del ms. Kk. 4, 25, f. 52, de la Cambridge University Library.

22. Ya FRIEDMAN, 48-51, apunta que la mejor adaptación al medio del esciápodos y su relativa homología con unos y otros antípodas, hubieron de propiciar el que viniera a relevarlos en el cuarto continente.

23. WITTKOWER, 63, fig. 92

24. Véase SANZ, cit. n. 8, 32-33 y 52-53. Una confusión de efecto convergente pudo darse entre el «alveus oceani» que separa África, con Etiopía, del continente austral en los mapas zonales, y el paralelo curso del Nilo, de Oeste a Este, que segrega en los mapas tripartitos los desiertos etiopícos, poblados de seres monstruosos, del resto de África. Véanse en ARENTZEN, figs. 40-42, 45, 48, 50c y 51. Ya ALFONSO EL SABIO advertía, citando a Plinio, que «unos de los sabios... querían fazer estas tierras, los Egiptos e las Ethiopias que ençierra el Nilo, que fuessen por así quarta parte de la tierra» (*General Estoria*, Primera parte, III, xii, ed. A. G. SOLALINDE, Madrid 1930, 46). No he podido verificar tal noticia en Plinio.

Si en el mapa de Osma se optó por la sustitución de esta raza tan confusa como controvertida, los mapas de la rama IIa omiten su mención, reflejando quizás un similar escrúpulo o desconcierto ante el tenor de los referidos pasajes isidorianos. Los de la familia IIb presentan, en cambio, un letrero más extenso que sí incluye a los antípodas, lo que ha llevado a entenderlo como fruto de una reelaboración del original, que sería el documentado en la rama IIa.²⁵ El testimonio de la más conservadora familia I parece confirmar, sin embargo, que la referencia a los antípodas remonta al común arquetipo. En cualquier caso, no parece que el tan exaltado mapa de Maius, supuesta cabeza de serie de toda la familia IIa, haya jugado papel alguno en este punto, pues su texto presenta una variante insólita. Donde los otros códices de su stirpe anotan, correctamente: «Deserta terra vicina soli ab ardore incognita nobis», Maius interpreta: «Deserta terra vicina *solida* ardore incognita nobis»; literalmente: «La vecina tierra firme desierta nos es desconocida por su ardor».²⁶

Aunque no pueda atribuirse al mapa de Osma la iniciativa en el relevo de los antípodas por los esciápodos, es muy probable que a él se deba la novedad de darle curso iconográfico. No hay rastro alguno de una tradición ilustrativa hispánica del catálogo isidoriano de razas portentosas y nuestros mapas reservan, en general, el aparato figurativo para los motivos de geografía sacra que los justifican: las cabezas de apóstoles, en la familia I, y el Paraíso, con Adán y Eva, y la ciudad de Jerusalén, en la familia II. Con su estilo románico —un «realismo», visto desde la tradición hispana—, el mapa de Osma aporta a nuestra cartografía un nuevo concepto descriptivo, que se manifiesta por igual en la imagen del esciápodio y en la representación en alzado de otras ciudades —Troya, Antioquía, Tiro, Constantinopla y Toledo—, así como de santuarios y faros.²⁷ Fenómeno también románico fue el renacimiento experimentado por la etnografía prodigiosa antigua, en tiempos en los que la cristiandad occidental empezaba a tomar conciencia directa tanto de sus fronteras como de sus horizontes. La orla de razas exóticas y monstruosas que rodea la irradiante Pentecostés de la portada occidental de la iglesia de la Magdalena de Vézelay —oportuno escenario de la predicación de la segunda cruzada—, representaría la culminación de un programa que quizá se esboza ya en el mapamundi de nuestro manuscrito.²⁸ También aquí se trata de la misión apostólica y si las razas remotas del orbe se reducen en efigie a una sola, ésta se ofrece, *pars pro toto*, como límite extremo de lo humano que a las restantes englobaría.

Que este límite haya de entenderse como excluyente o como inclusivo para el propio esciápodio es cuestión que el mapa oxomense parece dejar indecisa. El hecho mismo de que se lo represente implica al menos el reconocimiento de la posibilidad de su existencia, y el «fertur» —«se dice»— con que ésta se matiza no se acompaña del adverbio «fabulose» que descalificaba a los antípodas. Si su misma tierra se la describe como «inhabitabilis», quizá se entienda que lo era sólo para nosotros («nobis») y ello en tiempos en que a la adaptación al medio se le reconocía un mayor papel en la determinación de los caracteres raciales. Se notará, por otra parte, que mientras que la mayoría de

25. MENÉNDEZ PIDAL, 232 y 246-252. Ambas ramas incluyen además un texto relativo a la abundancia de razas monstruosas en Etiopía (*Etym.* XIV, 14-15) que registra también el mapa de Oña (*supra*, n. 5).

26. Reproducción en *A Spanish Apocalypse, The Morgan Beatus Manuscript*, Introduction and Commentaries by John WILLIAMS, Nueva York 1991, ff. 33v-34. Curiosamente, Isidoro invocaba la «soliditas... terrae» entre los argumentos contra la existencia de los antípodas (*Etym.* IX, 2, 134).

27. Aunque el de Osma parece ser el más antiguo mapa conocido que incluye una raza monstruosa (FRIEDMAN, 40), el escaso eco peninsular de esta novedad, frente a su extraordinaria difusión en la cartografía gálica y británica, sugiere una iniciativa ultrapieninsular. Un mapa anglosajón anterior (Londres, Bl. Cotton ms. Tiberius B. V., part 1, f. 58v) sitúa ya un león en el extremo Norte de Asia y las ciudades se figuran allí en perspectiva caballera de raíz ambre antigua (MILLER, II, lám. 10 y III, 31-33; ARENTZEN, fig. 41; *The Golden Age of Anglo-Saxon Art, 966-1066*, ed. J. Backhouse et al., Londres 1984, 158-162, nr. 164). Dentro de la tradición del *Comentario*, el mapa de Saint-Sever, francés, se adelanta al de Osma en la proliferación de edificios (*supra* n. 5).

28. FRIEDMAN, 77-79. Véase A. KATZENELLENBOGEN, «The Central Tympanum at Vézelay: Its Encyclopedic Meaning and Its Relation to the First Crusade», *Art Bulletin* XXVI, 1944, 141-151; M. D. TAYLOR, «The Pentecost at Vézelay», *Gesta* XIX, 1980, 9-15; P. DIEMER, «Das Pfingstportal von Vézelay - Wege, Umwege und Abwege einer Diskussion», *Jahrbuch des Zentralinstituts für Kunstgeschichte* I, 1985, 77-114; J. S. FELDMAN, *The Narthex Portal at Vézelay: Art and Monastic Self-Image*, Ph. D. Diss., Univ. of Texas, Austin, Ann Arbor 1986.

los mapas de nuestros códices omiten o reducen, consecuentemente, la representación de islas en torno al cuarto continente, el de Osma incluye allí nombres tan familiares como «Abidos», «Cohos» o «Delos». ¿Se las suponía también inhabitables y desconocidas? ¿Cómo entonces se sabía de su nombre y de su misma existencia?

Sería inútil intentar encontrarle una plena consistencia cosmológica a un universo que, como estamos comprobando, no tiene otra entidad que la que le presta su sustancia libresca, con todos los accidentes de su doble transmisión, escrita y figurativa, y las extravagantes reinterpretaciones que éstos pudieran suscitar. En todo caso, el mapamundi oxomense parece apuntar, al menos como hipótesis, a una ampliación de los límites de la *oikoumene* hasta entonces reconocida a la vez que reduce los del orbe imaginado.

DE LAS SORTES APOSTOLORUM A LAS PEREGRINACIONES

La huella y signo de los tiempos se percibe también en la manera de representar a los apóstoles en las regiones que a cada uno de ellos le correspondió evangelizar. Como en otros muchos aspectos de su ilustración, es el *Beato* de Lorvão el que parece documentar la fórmula más primitiva, por su elemental esquematismo. La presencia de los apóstoles se reduce allí a estereotipadas cabezas en tres cuartos, imberbes y carentes de nimbo. En el mapa procedente de Oña, las cabezas son frontales, quizá más próximas al arquetipo, y nimbadas.²⁹ En el de Osma, las cabezas se figuran en tres cuartos, prolongándose algunas de ellas hasta los hombros, como si fueran bustos, y se las presenta sobre unos rectángulos con variada decoración. A Santiago el Mayor y a san Pedro se los realza, en fin, enmarcándolos en sus respectivos santuarios.

Es posible que los soportes de los otros diez tengan su origen en las cartelas que servían para indicar las ciudades y sus nombres en los mapas de Lorvão y de Oña, restringidas en ambos casos a los apóstoles vinculados a una urbe concreta y no a una región, como Pedro en Roma o Santiago Alfeo en Jerusalén. En el mapa de Osma, dicho motivo, reinterpretado quizá como indicación de un edículo, sarcófago o relicario, se hace extensivo al resto del apostolado, y el mismo códice nos proporciona un inapreciable paralelo para entender el sentido de la fórmula resultante. En la ilustración de *Ap. 2*, 18-29 (f. 55v), se recurre, para figurar a un ídolo, a un busto asentado sobre una base rectangular decorada como la que presentan los apóstoles del mapa.³⁰ La comunidad de soluciones nos permite aventurar que las efigies de los apóstoles se entendieron ya no como meros retratos, sino como imágenes de culto. Su aspecto lleva a evocar, en efecto, el de los bustos-relicario de la época, en los que se veneraba el cráneo de un santo.

Al auge del culto a las reliquias que Raúl Glaber registró como uno de los signos del despertar del año 1000, ha de atribuirse esta nueva escenografía. A la función original de ilustrar la misión de los apóstoles, que justificaba los mapas del *Comentario* de Beato, se superpone la de indicar los lugares en donde se veneraban sus cuerpos o las huellas de su paso. A una geografía de la evangelización sucede así una geografía de las peregrinaciones, como ya señaló Carlos Cid.³¹ Pero no es éste un rasgo exclusivo de nuestro mapa. En la abigarrada topografía gálica del *Beato* de Saint-Sever, F. de Dainville

29. *Supra*, n. 5, para su reproducción.

30. Cfr. *Etym.*, VIII, 11, 13: «Eidos enim Graece formam sonat, et ab eo per diminutionem idolum deductum aequo apud nos formulam facit». Una forma de «diminución» sería el reducir a busto una efigie. Véase también el f. 147 del códice de Osma, donde los sarcófagos de los tres jóvenes hebreos en Babilonia están tratados como arcos-relicario de la época, con una decoración idéntica a la de los basamentos de los bustos apotélicos del mapa. Sobre esta imagen, N. MEZOGHI, «La place de Babylone entourée de serpents entre l'Apocalypse et le Livre de Daniel dans les Beatus», *Saint-Sever*, cit. n. 5, 293-312.

31. CID, 264-265.

ha observado que se transparenta, como una filigrana de papel, la red de estaciones de los caminos franceses que conducían a Santiago.³² Funciones semejantes parecen haber inspirado los monumentales mapas de Ebstorf y de la Catedral de Hereford —ambos del siglo XIII—, así como su precedente mural, desaparecido, en Chalivoy-Milon.³³ Ya en la ficción literaria, se hace explícita la misma intención en el programa cosmográfico con el que se decoró la tumba de Darío, según el *Libro de Alexandre*. En estrecha concordancia con la Guía del *Liber Sancti Jacobi*, allí se señalaban:

«Cuáles tierras son buenas de panes e de vinos,
cuáles pueblos son ricos e cuáles son mesquinos,
de cuál lugar a cuál responden los caminos.
cóm'han d'andar por ellos todos los peregrinos.»³⁴

La extensión que en el mapa de Osma se concede a Tierra Santa, así como la considerable precisión de su topografía, abunda en esta nueva concepción. En efecto, los contornos de la costa mediterránea desde la altura de Antioquía hasta Alejandría, y los del extremo norte del Mar Rojo, con la península del Sinaí entre el golfo de Suez y el de Akaba, configuran la única porción del orbe que reconoceríamos de inmediato sin necesidad de letreros. La situación de las ciudades mencionadas es relativamente correcta, al igual que la de Tiro. No lo es tanto la de Jerusalén, forzada a ocupar el centro del mundo; y si el desmesurado Jordán se encuentra más al Sur de lo que debiera, su curso, acotado por el Mar de Galilea y el Mar Muerto, se aproxima a la realidad más que el de ningún otro río del orbe.

Nada comparable se encuentra en los mapas de la familia II y, entre los relacionables por tradición con el oxomense, sólo el de Saint-Sever y, en menor medida, el de Oña comparten el interés y relativo rigor que aquél despliega en la descripción de esta parte del mundo. Tan precisa información sobre la topografía siria, palestina y egipcia sólo pudo proporcionarla un mapa como los que suscitó, ya desde antiguo, la peregrinación a Jerusalén. La desmesurada escala que se le concede confirma que nos encontramos ante un injerto de cartografía regional y empírica en el abstracto orbe isidoriano.

COMPOSTELA, SEDE APOSTÓLICA

De toda esta geografía de los *loca sancta* nos interesa, en particular, la que nos lleva a Compostela. De los confines, marcados en rojo, que delimitan la Península, «Gallicia» ocupa las dos terceras partes. Aun contando con que una porción de este territorio corresponde a «Asturias» —remota denominación de origen del *Comentario*— y con una elasticidad de fronteras que por entonces hizo gallego al Cid, para los musulmanes; es más que significativa la magnitud que se le reconoce a las tierras que alcanzan hasta el Miño o el Duero, frente a una «Spania» que se diría todavía entendida en la acepción

32. DAINVILLE, 399-404. La leyenda «Seti Jacobi Apli», que según este autor figuraría junto a «Gallicia» en el mismo mapa, no tiene más fundamento que una errada interpretación del censo toponímico de MILLER, I, 43. Los letreros que éste señala entre paréntesis corresponden, en efecto, a los lugares que no aparecen —no a los que hayan desaparecido— en dicho manuscrito. Para su reproducción, *supra*, n. 5. Sólo, pues los códices de Gerona, Turín y Osma mencionan en su mapa el santuario jacobeo, como señaló ya CID, 264 y 268.

33. Véase FRIEDMAN, 79-86, figs. 30-31; ARENTZEN, 138-146, 192-195 y 256-274, figs. 48-50; MILLER, IV y V; M. KUPFER, «The Lost Mappamundi at Chalivoy-Milon», *Speculum* LXVI, 1991, 540-571. Tanto el mapa de Hereford como el de Ebstorf incluyen la iglesia de Santiago, que también se señala en los que ilustran la *Imago mundi* de Enrique de Maguncia (Honorius Augustodunensis), de comienzos del s. XII (Cambridge, CCG, ms. 66, 2; MILLER, III, lám. 13; ARENTZEN, fig. 45), y el *Polychronicon* de Ranulf Higden (Londres, BL, Royal 14.C.IX, ff. 1v-2; MILLER, III, 99 y lám. 15; ARENTZEN, fig. 51). Es posible que aluda también a Compostela el edificio que se encuentra junto al océano y próximo a una torre, que sería el faro romano de La Coruña, en la «Galitia» del mapa de Europa del *Liber Floridus* (Lamberti S. Audomari canonici *Liber Floridus*. *Codex autographus Bibliothecae Universitatis Gandavensis*, ed. A. DEROLEZ, Gante 1968, f. 241). La *Descriptio* de Hugo de San Victor menciona, en fin, la «civitas Sancti Iacobi», en un censo en el que predominan las ciudades antiguas (XXIII, 620, ed. GAUTIER DALCHÉ, 156).

34. *Libro de Alexandre*, ed. J. CAÑAS MURILLO, Madrid, 1983, 1793, p. 298.

que la restringía a las tierras ocupadas por el Islam. Se indican allí «Olisbona», «Kartagine» y «Tarragona», vieja toponimia que quizá equivalga a las circunscripciones provinciales de la Lusitania, la Tarracoenense y la Cartaginense, mientras que la evocación, por medio de una fortaleza, de la Toledo recién conquistada (1085) nos hace regresar a la viva actualidad en la que el mapa se produjo. Pero ésta se manifiesta aún con más fuerza en las imponentes dimensiones que se dan al santuario de Santiago. Sólo a él y a san Pedro en Roma se les concede el honor de enmarcar sus imágenes en la correspondiente basílica martirial, pero con franca ventaja para la de nuestro apóstol, cuya fábrica casi dobla en altura y longitud a la del primero de los pontífices.

Por entonces estaba en construcción en Compostela la actual basílica románica, iniciada en 1075 y con una monumentalidad insólita en el arte peninsular. Pero en el énfasis puesto en el santuario jacobeo han de reflejarse más sus pretensiones en el orden institucional que su realidad física, que, al fin y al cabo, no era más que expresión de aquéllas. Un pasaje del viejo himno jacobeo *O dei uerbum*, atribuido por algunos al propio Beato, fue la semilla de la que surgiría la llamada «teoría de las tres sedes», sobre la que la Iglesia compostelana fundaría sus aspiraciones de excelencia.³⁵ Los lugares de misión y sepultura de los tres apóstoles predilectos de Cristo vinieron a coincidir en un mismo eje del orbe, de oriente a occidente, con Pedro en su centro, en Roma, flanqueado por Juan, en Éfeso, y su hermano Santiago en Compostela. Si sobre el lugar preferente que su madre pidió para éstos en los cielos, a la izquierda y derecha de Cristo, no hubo respuesta cierta, sí en cambio se habría plasmado en la tierra el ruego de Salomé, con la supuesta preeminencia que correspondería a Éfeso sobre las iglesias orientales y a Compostela, sobre las occidentales, aunque subordinadas ambas a la del vicario de Cristo en Roma.

La formulación más explícita de esta teoría, subyacente en varios pasajes del *Liber Sancti Jacobi*, se encuentra en la apócrifa crónica de Turpín, que atribuye a Carlomagno la convocatoria de un concilio en Compostela en el cual se habría definido la apostolicidad de su sede y la sujeción a ella de todas las iglesias hispanas.³⁶ Por fabuloso que sea su marco, esta noticia ha de entenderse, al igual que otros pasajes de la *Historia Turpini*, como transfiguración épica de acontecimientos reales, en beneficio de los intereses franceses en la península y, en particular, en el culto jacobeo. De hecho, en el mismo año de 1075 en el que se inició la actual basílica compostelana, hay noticia de la celebración de un «Concilio magno» en Compostela, con la asistencia de Alfonso VI y su corte, y en circunstancias sorprendentemente paralelas a las que se reflejan en el referido relato.³⁷ En cualquier caso, tan conflictivas aspiraciones están documentadas desde años atrás. Por usar el título de «Compostellanae Apostolicae Sedis Episcopus» —o por el alcance que a éste se le entendía dar— había sido excomulgado el obispo Cresconio en el concilio de Reims, en 1049, sólo un lustro antes de que se consumase el cisma de la Iglesia oriental.³⁸

A la luz de estos hechos, mucho me temo que el mapa de Osma fuera justamente la clase de

35. Véase K. HERBERS, *Der Jakobuskult des 12. Jahrhunderts und der «Liber Sancti Jacobi»*, Wiesbaden 1984, 70-80; S. MORALEJO, «El patronazgo artístico del arzobispo Gelmírez (1100-1140): su reflejo en la obra e imagen de Santiago», *Pistoia e il Cammino di Santiago*, Acti del Convegno Internazionale di Studi (Pistoia 1984), Perugia 1987, 245-272, esp. 262-264. Sobre el himno y su discutida atribución, DÍAZ Y DÍAZ, cit. n. 14, 229-242; id., «Literatura jacobea hasta el siglo xii», *Il Pellegrinaggio a Santiago de Compostela e la Letteratura Jacopea*, Acti del Convegno Internazionale di Studi (1983), Perugia 1985, 225-250, esp. 236-241; R. PLOTZ, «Der Apostel Jacobus in Spanien bis zum 9. Jahrhundert», *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens* XXX, 1982, 19-145, esp. 90-94. Es de resaltar, en el citado himno, la calificación de Santiago como «Caput refugens aureum Ispanie», imagen que literalmente se plasma en la asociación de la cabeza de cada apóstol con su tierra de misión, y más en nuestro mapa, en el que las cabezas parecen concebirse como relicarios de orfebrería.

36. *Liber Sancti Jacobi. Codex Calixtinus*, ed. W. M. WHITEHILL, Santiago de Compostela 1944, 325-326. Cfr. HERBERS, 81-96.

37. He apuntado la posible transfiguración turpiniana de estos hechos en S. MORALEJO, «The Codex Calixtinus as an Art-Historical Source», *The Codex Calixtinus and the Shrine of St. James* (Pittsburgh 1988), ed. J. Williams, A. Stones, Tübingen 1992, 207-227, esp. 211-213 y n. 13. Del concilio en cuestión tenemos noticia por un documento publicado por F. LÓPEZ ALSINA *La ciudad de Santiago de Compostela en la Alta Edad Media*, Santiago 1988, 410-411) y que B. F. REILLY comenta a la luz de otros acontecimientos coetáneos (*The Kingdom of León-Castilla under King Alfonso VI 1065-1109*, Princeton 1988, 84).

38. A. LÓPEZ FERREIRO, *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, II, Santiago 1899, 482-483; L. VONES, *Die «Historia Compostellana» und die Kirchenpolitik des nordwestspanischen Raumes 1070-1130*, Colonia 1980, 281-284.

documento que suscitaba en Roma las reticencias que aún refleja la *Historia Compostelana*, en un pasaje retrospectivo referido precisamente a la época que nos ocupa:

«Hasta aquí la iglesia compostelana se nos ha mostrado soberbia y arrogante; hasta ahora ha mirado a la iglesia romana no como a señora, sino como a igual, y si le prestó servicio fue a más no poder».

A tales palabras, puestas en boca de un miembro de la Curia, añade el propio cronista:

«Recelábase, en efecto, la iglesia romana de que la iglesia compostelana, una vez obtenidos los derechos de la dignidad eclesiástica y estribando en su grande Apóstol, se arrogase el ápice y la primacía de honor sobre las iglesias occidentales, y así como la iglesia romana por el apóstol san Pedro preside y manda a todas las demás iglesias, así la iglesia compostelana pretendiese en nombre de su apóstol Santiago presidir y dominar en las occidentales. Cosa que entonces temía mucho la iglesia romana y hasta el día de hoy teme y preave no suceda».³⁹

La noticia que el mapa de Osma da de la Toledo recién conquistada no era, sin embargo, un buen augurio para las pretensiones de la Iglesia compostelana. La vieja capital visigótica no tardaría en recuperar su primacía sobre la Iglesia hispana, con el cluniacense Bernardo, abad de Sahagún, como arzobispo, mientras que la sede compostelana vería depuesto y encarcelado a su prelado Diego Peláez, acusado de traición, e interrumpido su ambicioso proyecto, arquitectónico e institucional, hasta los días de Diego Gelmírez. Producto como es nuestro manuscrito del escriptorio de Sahagún —a los estudios de Barbara Shailor y John Williams me remito—, menor sería quizás el fervor jacobeo de su mapa, de haberse confeccionado unos pocos años después, cuando la larga sombra de Cluny, reflejada desde Toledo, estuvo a punto de eclipsar a Compostela.⁴⁰

EL FARO DE BRIGANTIA: SU IMAGEN Y SU IMAGINACIÓN LITERARIA

La basílica de Santiago alcanza hasta la orilla misma del mar, como si literalmente se siguiera la precisión que sobre su emplazamiento daban los martirologios carolingios: «in ultimis earum finibus, videlicet contra mare Britannicum».⁴¹ Abundando jocosamente en su jacobismo militante, nuestro mapa destaca las vecinas aguas con un descomunal pez, que excede con mucho a los restantes que pueblan el orbe oceánico. Sobre la abundancia y variedad de la pesca que llegaba al puerto jacobeo de Cesures llamaría la atención, años después, un cruzado inglés que nos dejó un relato de la conquista de Lisboa.⁴²

39. *Historia Compostellana*, II, iii, ed. E. FALQUE REY, *Corpus Christianorum*, LXX, Turnholt 1988, 224. Cito por la trad. de M. SUÁREZ con introducción y notas de J. CAMPELO, *Historia Compostelana*, Santiago de Compostela 1950, 244-245.

40. Aludo a la crítica coyuntural de 1088, de tan diversas consecuencias para Cluny y para Compostela: S. MORALEJO, «Cluny et les débuts de la sculpture romane en Espagne», *Le gouvernement d'Hugues de Semur à Cluny, Actes du Colloque scientifique international* (1988), Cluny 1990, 405-434.

41. PLÖTZ, cit. n. 35, 97.

42. *Crucisignati Anglici Epistola de Expugnacione Olisiponis, in Portugaliae Monumenta Historica, Scriptores*, I, Lisboa 1856, 392-405, 393; *Conquista de Lisboa aos mouros em 1147. Carta de um cruzado Inglês*, trad. J. A. de OLIVEIRA, Lisboa 1989, 21-22. Ya la *Crónica Albedense* celebra las lampreas y ostras gallegas, y la referencia en la *Garcineida* a otros pescados que dieron fama a Galicia ha llevado a conjeturar una autoría compostelana para esta mordaz parodia del arzobispo toledano Bernardo (J. GIL FERNÁNDEZ, J. L. MORALEJO, J. I. RUIZ DE

Más significativa aún, en este sentido, es la presencia del faro romano de La Coruña, la llamada luego Torre de Hércules, que era por cierto, por entonces, propiedad de la Iglesia compostelana. Rotulado como «Faro» — nombre que acabó compartiendo con su tierra —, su imagen sugiere cierta familiaridad con el aspecto que por aquel tiempo ofrecería, según ha reconocido la moderna investigación arqueológica.⁴³ La cubierta cupuliforme que lo remata está atestiguada, en efecto, en dibujos y grabados posteriores de rigurosa intención documental, al igual que el perfil de su basamento, en el que incluso se diría que se acusan los pequeños contrafuertes que lo reforzaban.⁴⁴ Que no se detalle la articulación y vanos en los paramentos o que la molduración superior de la torre parezca implicar para ésta una planta circular, no son argumentos que invaliden el testimonio de nuestro mapa. Tan injusto como exigirle a un ilustrador románico una representación «del natural» del faro coruñés, sería negarle a las convenciones de su código cartográfico toda significación referencial.

La cuestión no es, pues, tanto si el autor del mapa de Osma tenía o no un conocimiento directo del monumento, como si la imagen que de él nos ofrece es o no característica y específica. La respuesta, positiva, nos la da la representación del faro de Alejandría, rotulado también como «faro» — con minúscula por cierto — en el mismo mapa. En lugar de una mera variación sobre la misma fórmula, nos encontramos con una torre de muy diferentes características, con volúmenes escalonados sobre un basamento en rampa y un tejado que tiende a cónico o piramidal. No muy diversa es la imagen que de él nos transmite un mosaico del siglo XII en San Marcos de Venecia, donde medios no faltaban para tener una idea aproximada de la apariencia del faro alejandrino.⁴⁵ Las descripciones e imágenes antiguas que de él nos han llegado confirman un cierto fundamento para sus respectivas versiones, veneciana e hispana, salvo en la puesta al día que esta última se permitió en cuanto a su acceso: mientras que en el faro brigantino se abre una puerta de arco de medio punto, románica y romana a la vez, el de Alejandría ostenta un pronunciado arco de herradura que lo define como obra *sarracena*. Tal es la calificación que con frecuencia se da en fuentes medievales a monumentos y restos antiguos.⁴⁶ La imagen más rigurosa que en el mapa de Osma se nos ofrece del faro coruñés tiene, en cambio, su correlato en textos literarios que luego comentaremos, en los que se pone de relieve su romanidad.

Fuera del anacronismo indicado, la información que nuestro mapa revela sobre el faro alejandrino ha de basarse en una tradición cartográfica de raíz antigua y probablemente foránea. Aunque Isidoro trata de él y también lo menciona la *Crónica Albeldense*,⁴⁷ ningún mapa hispano anterior al de Osma incluye su imagen. Otro tanto ocurre con el de Brigantia, pese a que a Orosio debe su fama. El llamado *Beato* Navarro o Gascón retendrá sólo el faro de Alejandría, reconocible también, como torre almenada, en el mural de San Pedro de Rocas con el letrero «FARO».⁴⁸ El deterioro que éste ha

LA PEÑA, *Crónicas asturianas*, Oviedo 1955, 92 y 155). El exacto paralelo cartográfico nos lo brinda Baudri de Bourgueuil en el elogio que dedica a la pesca del Loira, que discurría por su tierra natal, al describir el mapamundi figurado en la cámara de Adela de Blois: «Nullius pisces sunt piscibus equiperandi / Divini Ligeris quas sapor ipse probat» (BALDRICUS BURGULIANUS, *Carmina*, ed. R. Hilbert, Heidelberg 1978, 134, 172, vv. 885-886).

43. A. BALIL, «El códice de Beato de Liébana en Burgo de Osma. Notas sobre las representaciones de faros en el mismo», *Celtiberia* XXVIII, 1978, 7-12; S. HUTTER, *Der römische Leuchtturm von La Coruña*, *Madrider Beiträge* 3, Maguncia 1973; T. HAUSCHILD, «Der römische Leuchtturm von La Coruña», *Madrider Mitteilungen* XVII, 1976, 238-257, esp. 253, 256 y fig. 5; *id.*, «El faro romano de La Coruña (Torre de Hércules). Problemas de su reconstrucción», *Actas del Coloquio internacional sobre el bimilenario de Lugo*, Lugo 1977, 131-156. S. HUTTER, T. HAUSCHILD, *El faro romano de La Coruña*, La Coruña 1991.

44. Véase el amplio corpus iconográfico reunido para la exposición *Ciudad y Torre. Roma y la Ilustración en La Coruña*, La Coruña 1991, 181 y ss., nrs. II, 31-34, 50-63.

45. O. DEMUS, *The Mosaic Decoration of San Marco, Venice*, Chicago 1988, fig. 88; P. A. CLAYTON, M. J. PRICE, *The Seven Wonders of the Ancient World*, Londres - Nueva York 1988, 138 y 157, fig. 79. Para sus testimonios iconográficos antiguos y su hipotética reconstrucción, *ibid.*, figs. 72-78; M. ASÍN PALACIOS, «Una descripción nueva del Faro de Alejandría», *Al Andalus* I, 1933, 241-292; M. L. OTERO, «Interpretación gráfica de la descripción de Ibn al Sayi», *ibid.*, 293-300. La ciudad de Alejandría se señala, en Osma, por un recinto mural en ángulo recto, que cierran el mar y el Nilo, siguiendo sin duda *Etym.* XV, 1, 34: «inter Aegyptum et mare, quasi claustrum». El recinto recuerda, por cierto, en su forma las llaves o cerrojos (*claustra*) representados en los ff. 23, 62v y 153v.

46. Véase J. ADHÉMAR, *Influences antiques dans l'art du Moyen Âge français*, Londres 1939, 44, 112-127 y 279.

47. *Etym.* XV, 2, 37; XX, 10, 10; *Crónicas asturianas*, cit. n. 42, 155 y 226.

48. *Supra*, n. 5; MORALEJO, «El mapa», figs. 3 y 5.

sufrido en la sección correspondiente a la península nos impide verificar si allí también se representó el faro coruñés, y en la misma incertidumbre nos deja la única hoja conservada del mapa de Lorrain. «Brigantia» figura ya, en cambio, en un detallado mapa anglosajón de la primera mitad del siglo XI (la llamada carta «Cottoniana»).⁴⁹ No se representa allí su faro, pero a él debe su relevancia el topónimo. La torre que se yergue en «Galitia» en el mapa de Europa del *Liber Floridus*, de 1120, alude posiblemente a nuestro monumento, aunque no se la identifica como tal.⁵⁰ Como una torre coronada de llamas se representa, en fin, al faro brigantino en el mapa de Hereford, con el absurdo letrero «Perona».⁵¹

No debe extrañarnos que sean dos mapas ingleses —y un tercero familiarizado con fuentes inglesas— los más conspicuos testimonios de la fortuna cartográfica del faro coruñés, pues ésta estribó, sin duda, en un pasaje de Orosio en el que dicho monumento se dice construido «ad speculam Britanniae», como atalaya (de la ruta) de Britania.⁵² Cuando allí hizo escala, en 1147, el cruzado inglés al que antes aludimos, reconoció en el faro un hito de su historia patria. Según él, sería obra de Julio César, estratégicamente emplazada «casi en medio» de España, Irlanda y Britania, como lugar en el que confluirían los tributos y las apelaciones judiciales de las tres provincias. En sus inmediaciones señala además un «pons lapideus» parcialmente anegado, cuya total emergencia anunciaría «la inminente destrucción de la gentilidad y el fin de la idolatría en España».⁵³

En la noticia del cruzado, las tradiciones insulares sobre Brigantia y su torre se enriquecen con la vivencia imaginaria de la que éste y su entorno eran objeto por entonces en la propia Galicia. A esta vivencia no es ajena, como veremos, la presencia del «Faro» en nuestro mapa, por lo que de ella nos tendremos que ocupar aquí.

En la confirmación por el rey Vermudo II de la pertenencia del «farum precantium» (sic) a la Iglesia Compostelana en el 991, éste se describe como «pinnam fabricatam ab antiquis hominibus» y se lo relaciona con una cercana «civitatem ab antiquis fabricatam».⁵⁴ El nombre de esta ciudad y de su antiguo constructor nos lo revela un extraño texto, de origen gallego, recogido en el códice Rotense y editado, independientemente, por Manuel C. Díaz y Díaz y Juan Gil. Se da cuenta allí de la fundación de una serie de ciudades galaicas por otros tantos héroes epónimos, hijos de un Septemsiuder que habría vencido a Octaviano, rey de Toledo. A las conocidas y episcopales Braga, Chaves, Tuy y Oporto, se añaden «Zesarea et Faro», cuya construcción se atribuye a un tal Cesario.⁵⁵

Más que en problemáticas huellas en la toponimia gallega actual, el nombre y lugar de Cesarea habrán de rastrearse en una geografía libresca en su origen como en su fin, con la que se querría prestigiar las anónimas ruinas de la «civitatem ab antiquis fabricatam» del documento de Vermudo II.

49. *Supra*, n. 27.

50. *Supra*, n. 33. Se trata del único edificio en forma de torre representado en dicho mapa y su localización en el vértice Noroeste de la península refleja sin duda el pasaje de Orosio que le valió al faro coruñés su prestigio como hito topográfico (cit. n. 52). No creo, en cambio, que éste figure en el mapa de Enrique de Maguncia, como sugiere MILLER, III, 23 y lám. 13. La torre que allí aparece es parte de una basílica, sin duda la de Santiago. «Brigantia» figura también en la *Descriptio* de Hugo de San Victor (XXII, 605, GAUTIER DALCÈ, 155), pero no tuvo eco en el mapa con ella relacionado (*ibid.* láms. I-II).

51. MILLER, IV, lám. desplegable.

52. *Adv. pag.*, I, 2, 71: C. TORRES RODRÍGUEZ, *Paulo Orosio, su vida y sus obras*, Santiago 1985, 106-107 (repr. de la ed. de C. ZANGEMEISTER, Leipzig, 1889).

53. *Crucisignati Anglici Epistola*, 393; *Conquista de Lisboa*, 21. De la sorprendente localización de nuestro faro «casi en medio» de España, Irlanda y Britania, da cuenta el mapa anglosajón mencionado en la n. 27. Los vértices meridionales de ambas islas se estiran allí hasta converger con el prominente Noroeste peninsular, en el que se señala «Brigantia».

54. J. CORNIDE, *Investigaciones sobre la fundación de la torre llamada de Hércules*, Madrid 1792, 14, n. 2. Para las vicisitudes experimentadas por el monumento a lo largo de la historia, véase también F. TETAMANCY Y GASTON, *La Torre de Hércules*, La Coruña 1920, y el cat. *Ciudad y Torre*, cit. n. 44.

55. J. GIL, «Textos olvidados del Códice de Roda», *Habis* II, 1971, 165-178; M. C. DÍAZ Y DÍAZ, «Tres ciudades en el Códice de Roda», *Archivo Español de Arqueología* XLV-XLVII, 1972-1974, 256-265; e *infra*, n. 59. DÍAZ Y DÍAZ, 259, ve en el relato un posible eco del legendario enfrentamiento entre Toledo y Ceuta («Septa=Septem»), de donde saldrían «Septemsiuderus» y sus siete hijos (cfr. GIL, 166). Abunda en esta hipótesis la fantástica versión de *Etym.* XV, 1, 73 incluida en el *Liber Floridus* (cit. n. 33, f. 50, p. 101), donde los siete montes de Ceuta, «a similitudine Fratres vocati», pasan a ser los siete hermanos fundadores de un «Septenum opidum», tras el cual se mencionan por cierto dos Cesareas. Al traslado al Norte peninsular de esta numerosa familia quizá contribuyera la interpretación a la que se presta el nombre de «Septemsiuderus»: «Septentrio... a septem stellis axis vocatus» (*Etym.* III, 42, 2). Para más, siete eran los hijos de Jafet, obvio modelo genealógico en cuanto progenitores que fueron de los pueblos europeos (*Etym.* IX, 2, 26-31).

Bastarían, en principio, la eufonía y evocación antigua del nombre para recomendarlo, y su fuente pudo ser un simple censo de ciudades romanas como el que establece Julio Honorio para las provincias del océano occidental. Caesaraugusta (Zaragoza) comparece allí como «Caesarea Augusta» y no muy distante, en orden de lista, del «Brecantium oppidum» (Brigantium) y de otras ciudades citadas en el texto rotense.⁵⁶ La histórica expedición de Julio César a Brigantium no es dato a desdén, aunque su transmisión exclusiva por Dion Casio lo haría difícilmente accesible en esta época.⁵⁷ El testimonio del cruzado inglés, adjudicándole a aquél la construcción del faro, sugiere más bien un intento de reinteegrar a la historia erudita al Cesario de la leyenda local, reinterpretando su nombre. Aunque el cruzado no alude a la antigua ciudad de Caesarea, testimonio de ella sería quizás el «pons lapideus» que menciona, que se ha interpretado como resto de un puerto.⁵⁸

Asociada también al faro de Brigantia, reaparece la ciudad de Caesarea en un relato de mayor ambición literaria, que ha sido dado a conocer recientemente por Manuel C. Díaz y Díaz y Aires A. Nascimento. En formato autobiográfico, un tal Trezenzonio da cuenta allí de su maravillosa navegación a una isla bautizada como «Solstitutionis insula magna», tras haberla visto reflejada por tres veces en un espejo que coronaba el «farum Brecantium». Nuestro viajero pasa allí siete años entre amenidades paradisíacas, hasta que se le conmina, por tres veces también a abandonarla. En el viaje de regreso, las pingües viandas que transportaba en la barca se pudren, pero mayor es la mudanza que le espera en tierra firme. La Galicia que dejó desolada y convertida en cubil de fieras por los ismaelitas, empieza ahora a repoblarse, mientras que el faro brigantino se encuentra en parcial ruina, al igual que la vecina ciudad de Caesarea. Con la noticia de la partida de Trezenzonio para Tuy, en busca de su maestro el obispo Adelfio, se trunca bruscamente la narración.⁵⁹

Tuviera o no esta historia en su origen un desenlace más explícito, el texto conservado deja ya entrever que los siete años pasados en la isla paradisíaca corresponderían a un lapso de tiempo mucho mayor en la tierra de la que parte y a la que regresa luego Trezenzonio. Díaz y Díaz cuantifica un paréntesis de trescientos años, lo que llevaría la composición del relato al primer o segundo cuartel del siglo XI.⁶⁰ Otros datos avalan, en mi opinión, esta cronología. Aunque la Galicia desolada que se encuentra Trezenzonio remite, en la ficción, a los años inmediatos a la invasión islámica, su pintura

56. A. RIESE, *Geographi Latini Minores*, Heilbronn 1878, 35 y 54, para un añadido en el cód. Vat. Palat. 1357, que incluye a «Caesarea Spaniae» entre las cuatro ciudades del mundo que llevan este nombre. La «pignam de domino Cesareo» que se menciona en un documento compostelano de 1124, puede ser pertinente para la discusión del texto de Roda (I. MILLÁN GONZÁLEZ-PARDO, «Nota adicional al trabajo del Prof. Juan Gil», *Habis* II, 179-181; DÍAZ Y DÍAZ, cit. n. 59, 103; LÓPEZ FERREIRO, IV, ap., 7-9), pero su localización en la tierra de Montañas impide identificarla con la torre coruñesa, como pretende J. M. BELLO DIEGUEZ, «La Torre de Hércules y la leyenda», *Ciudad y Torre*, 149.

57. A. SCHULTEN, *Fontes Hispaniae Antiquae* V, Barcelona 1940, 12-13.

58. ALFONSO EL SABIO, que cita entre sus fuentes a Dion, hace venir también a Julio César a La Coruña a renovar el faro cimentado por Hércules y concluido por su sobrino Espán (*Primera Crónica General de España*, cc. 7, 9 y 116, ed. R. MENÉNDEZ PIDAL, Madrid 1977, I, 9-11 y 92). Pero el presentar a César tras las huellas de Hércules en España, como restaurador de sus empresas, es pauta común en la obra cronística del monarca, y quizá la leyenda local, tal como la reflejan el texto rotense y la noticia del cruzado, fuera fundamento suficiente en este caso. De la familiaridad del taller historiográfico alfonsí con las fabulaciones suscitadas por el faro coruñés en la propia Galicia da cuenta la referencia al espejo que supuestamente lo coronaba, del cual se hace ya mención en otro relato galico del s. XI (*infra*, n. 59). Como bien vio Florián de Ocampo (cit. por CORNIDE, 57), tal especie no es sino fruto de la fantástica interpretación del ya referido pasaje de Orosio —«ad speculam Britanniae» (*supra* n. 52)—, por lo que no es necesario recurrir al paralelo del Faro de Alejandría ni a fuentes árabes en este punto. A éstas, concretamente a la *Crónica del moro Rasis* (ed. D. CATALÁN, Madrid 1974, XL-XLIII, LXXVI-LXXX, 15 y 127), se debe en cambio el injerto de Hércules en la leyenda del faro coruñés, punto en el que RODRIGO JIMÉNEZ DE RADA se adelanta a Alfonso (*Historia de los Hechos de España*, III y VII, trad. J. FERNÁNDEZ VELARDE, Madrid 1989, 66-67 y 71). Por otra parte, el curioso término «conçilio» con el que se designa al faro brigantino y a los otros mojones peninsulares en la *Crónica* citada, sugiere alguna conexión con la función de corte judicial que el cruzado inglés atribuía al mismo monumento. Sobre el puente que éste menciona, A. BALIL, «Restos de un puerto romano en La Coruña?», *Brigantium* I, 1980, 167-170.

59. M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Visiones del Más Allá en Galicia durante la alta Edad Media*, Santiago 1985, 97-119; A. A. NASCIMENTO, «Trezenzonio e a Ilha do Solstício: a funcionalidade da ausência no reencontro do presente», *Em torno a Idade Média*, ed. H. Godinho, Lisboa 1989, 185-196. El texto nos ha llegado a través de dos manuscritos del monasterio de Alcobaca, cuya cercanía al Atlántico explica sin duda el excepcional interés en relatos de navegaciones maravillosas que revela su biblioteca. De ella también procede una *Vita Sancti Brandani* (A. A. NASCIMENTO, «Navigatio Brandani: Aventura e circularidades», *A Imagem do Mundo na Idade Média*, cit. n. 4, 215-233) y un *Conto de Amaro* de paralela temática, donde se visitan, entre otras, una «jnsoua grande» y otra «contra hu nace osol» (O. KLOB, «A vida de sancto Amaro», *Romania* XXX, 1901, 504-518). En relación con la localización de la basílica martirial de Santa Tecla en la isla que visita Trezenzonio, es de señalar que un monasterio y dos iglesias estaban por entonces dedicadas a esta mártir entre el Ave y la Vizella (P. DAVID, *Etudes historiques sur la Galice et le Portugal du vie au xne siècle*, Lisboa - Paris 1947, 232).

60. DÍAZ Y DÍAZ, 107.

pudo verse avivada por la experiencia más reciente, incluso directa, de los efectos de la *razzia* de Almanzor en el 997. La ruta seguida por el caudillo Cordobés en sus devastaciones, desde Tuy hasta las cercanías de La Coruña, coincide significativamente con la que Trezenzonio recorrió, en sentido inverso, a su regreso de la isla.⁶¹ Para el caso de Tuy en particular, hay que reseñar además su saqueo e incendio por los normandos en 1015 o 1016, del que resultó una larga vacancia para su sede, incorporada a la de Iria-Compostela en 1024. En tal situación, que persistió hasta 1070, no serían pocos los eclesiásticos tudenses que recorrieran más de una vez y en uno y otro sentido el itinerario final de Trezenzonio. Entre ellos pudo contarse el autor de nuestro relato.⁶²

Frente a las costas gallegas, justo al lado de la desembocadura del Miño, donde Tuy se encuentra, y no lejos del faro brigantino, el mapa de Osma incluye una isla rotulada como «Solitio magna», de parentesco más que evidente con la «Solistitionis insula magna» —o *Solistitio magna*— que visitó Trezenzonio. Se trata seguramente de una misma isla, fruto, como veremos, de una muy particular cultura geográfica que no parece haber dejado otros testimonios literarios o figurativos. Así pues, el punto de partida, el de destino y el de retorno final del viajero Trezenzonio se encuentran reunidos en una reducida porción del mapa oxomense, a modo de condensación gráfica de su aventura.

El «Faro» de nuestro mapa es, pues, algo más que una vieja señal de tráfico marítimo. Con sus adherencias legendarias, se presenta allí en su documentada condición de *monumento histórico* o de *monumento nacional*, en los términos en los que la Edad Media entendió sus *mirabilia*. Tópica es la función narrativa de torres y montañas como lugares desde donde se revela un más allá, físico o metafísico, del entorno inmediato. Pero esta función mediadora entre el espacio familiar y el imaginario tiene su correlato, en la narración de Trezenzonio, en una mediación temporal. El faro brigantino proporciona un marco de referencia estrictamente histórico para una ruptura fabulosa del tiempo real. En una Galicia devastada por la invasión islámica, sólo el faro perduraba como monumental vestigio de un pasado más venturoso; a la inversa, en la incipiente repoblación de Galicia y en la ruina del faro y de la antigua ciudad de Cesarea, encuentra Trezenzonio la medida del tiempo real transcurrido durante su aventura. Ruina y restauración se implican además mutuamente, pues abundantes testimonios tenemos —y más tendría Trezenzonio— del papel que desempeñó la reutilización de materiales antiguos en las repoblaciones y restauraciones de los siglos IX al XI. Una reutilización que no fue sólo utilitaria, sino también ideológica. En el acta de consagración de la basílica compostelana de Alfonso III, el recurso a los mármoles romanos se revela como un acto de «arqueología política», como metáfora de la reconstrucción que se persigue del orden anterior a la invasión islámica con los despojos de él se rescatan al enemigo.⁶³

En la posterior noticia que nos da el cruzado inglés sobre la inminente derrota del Islam en cuanto fueran visibles todos los arcos del «pons lapideus» cercano al faro brigantino, no hay ya metáfora sino la literal y mágica emergencia del pasado antiguo que se reivindica frente al invasor. Abundan los paralelos para este tipo de leyenda que liga el destino de ciudades, naciones o imperios a las vicisitudes que pueda experimentar un singular monumento antiguo en ellos localizado. Para el caso bastará con recordar el similar presagio que se esperaba del «ídolo» que coronaba la torre de Cádiz, que sería conocido en Galicia a través de la *Historia Turpini*.⁶⁴

61. Véase R. DOZY, *Historia de los musulmanes en España hasta la conquista de los Almorávides*, Madrid 1941, III, 205-209.

62. Para el saqueo de Tuy y su incorporación a la sede compostelana. LÓPEZ FERREIRO, II, 454-457, V. ALMAZÁN, *Gallaecia Scandinavica*, Vigo 1986, 109-116. Ya DÍAZ Y DÍAZ, 156, relacionó el texto en cuestión con la similar situación que se dio en el reinado de Alfonso III, cuando al obispo de Tuy, refugiado en la diócesis de Iria, se le concedió, entre otras posesiones, la tierra de Faro. Cfr. LÓPEZ FERREIRO, II, 180 y ap., 82-85.

63. S. MORALEJO, «La imagen arquitectónica de la Catedral de Santiago», *Il Pellegrinaggio*, cit. n. 35, 37-61, esp. 38-40. Para el texto, J. M. DÍAZ DE BUSTAMANTE, J. E. LÓPEZ PEREIRA, «El Acta de Consagración de la Catedral de Santiago: Edición y estudio críticos», *Compostellana* XXXV, 1990, 377-400. Para el paisaje de la repoblación, I. G. BANGO TORVISO, «El neovisigotismo artístico de los siglos IX y X: La restauración de ciudades y templos», *Revista de Ideas Estéticas* 148, 1979, 319-338.

64. Véase J. CARRACEDO FRAGA, «La torre de Cádiz: un monumento de la Antigüedad clásica en textos medievales», *Euphrosyne* XIX, 1991, 201-230. Para su iconografía, R. CÓMEZ RAMOS, *Imagen y símbolo en la Edad Media andaluza*, Sevilla 1990, 71-82, lám. 10.

HTO) Llamen la atención, por otra parte, las estrechas concordancias existentes entre el relato de Trezenzonio y la leyenda que refiere el viaje de Ith a Irlanda, tras haberla descubierto desde la torre que en Brigantia había construido su padre, el héroe epónimo Breogán. Al idéntico punto y motivo de partida que ambos viajes comparten, se añaden los comunes rasgos de sus respectivas metas, caracterizadas por igual por su templanza climática y por la tónica abundancia en frutos, pesca y miel que distingue a las tierras de promisión⁶⁵

Fernando Alonso Romero considera muy probable la inspiración irlandesa de nuestro relato, posterior, sin duda, a la leyenda del poblamiento hispano de Irlanda en su versión más desarrollada.⁶⁶ Por mi parte, me atrevería a darla por segura, no sin advertir de la paradójica relación que uno y otro texto mantienen con la «nacionalidad» de sus respectivas fuentes. Si la trama básica de la revelación de una isla desconocida y del viaje hacia ella es genuinamente irlandesa, su instrumentación en la leyenda de Ith es de inspiración hispánica y hasta galaica; no sólo porque lo sea la torre brigantina, sino porque lo es la fuente —Orosio— a través de la cual se la conocía. En efecto, los estudios de A. G. Van Hamel y de R. Baumgarten han puesto de manifiesto lo mucho que debe esta leyenda a la interpretación, tan literal como imaginativa, de ciertos pasajes de Orosio e Isidoro acerca de la posición correlativa de Hispania, con Brigantia por vértice, e Hibernia con su vecina Britania.⁶⁷ El «mirar» la una hacia la otra —que se entendió por «verse»— y la homofonía de sus nombres —Hiberia, Hibernia— acortaron distancias entre ellas y establecieron vínculos eponímicos y genealógicos entre sus gentes y lugares, en la mejor tradición del método etimológico isidoriano.

Por otro lado, si el relato de Trezenzonio adapta el de Ith, lo hace, seguramente, con pleno reconocimiento de sus fuentes y métodos, y con una muy consecuente libertad interpretativa. El punto de partida es, en este caso, un entorno físico familiar —como exótico y hasta mítico lo sería para su fuente irlandesa—, mientras que el de destino —familiar en la saga de los milesios— se reconvierte en un fabuloso nombre de evocaciones solares, quizás más acorde con las originales metas de los *immrama* célticos. Orosio está otra vez en el origen de la historia, brindando la materia prima para el legendario espejo en el que se vislumbra la isla («ad speculam Britanniae»). Por su parte, también Isidoro asiste, como veremos, a Trezenzonio a la hora de dar a aquélla el nombre de «insula magna Solistitionis» o *Solistitio magna*.

DE LA «INSULA MAGNA SOLISTITIONIS» A «SOLITIO MAGNA»

Cabría invocar a este respecto la «insola incognita» que figura frente a las costas occidentales de África, como versión reducida del cuarto continente, en el más antiguo mapamundi isidoriano.⁶⁸ La dudosa referencia al sol que se ha querido ver en su desvaído letrero podría haber dado pie al apelativo de «Solitio», pero el mismo Isidoro nos ofrece, en tal sentido, la mejor candidatura de otra isla que, según él, habría tomado su nombre del sol: la real y mítica «Thyle» o Tule, «a sole nomen habens, quia in ea aestivum solstitium sol facit» (*Etym.* XIV, 6,4).

Tan audaz pirueta etimológica, sobre la pálida homofonía de una sola sílaba, invitaría ya a un sobrenombre más explícito para la isla en cuestión y a ello hubo de contribuir la glosa que el propio Isidoro hace del «solstitium» como «quasi solis statio» (*Etym.* V, 30, 1). Variantes sobre la forma

65. Véase *Lebor Gabála Erenn. The Book of the Taking of Ireland*, Part V, ed. R. A. S. MACALISTER, Dublin 1956, 11 y ss.; H. D'ARBOIS DE JUBAINVILLE, *El ciclo mitológico irlandés y la mitología céltica*, Barcelona 1981, 150-154; A. G. VAN HAMEL, «On Lebor Gabála», *Zeitschrift für Celtische Philologie* X, 1915, 97-197. Señalé ya esta relación en el catálogo *O Pórtico da Gloria e o seu tempo*, Santiago 1988, 25; MORALEJO, «Las Islas del Sol», 51, n. 29. A la misma conclusión llega F. ALONSO ROMERO, *Santos e barcos de pedra. Para unha interpretación da Galicia atlántica*, Vigo 1991, 60-62.

66. F. ALONSO ROMERO, 62. BELLO DIÉGUEZ, 149, reconoce un «paralelismo estructural» entre ambas leyendas.

67. VAN HAMEL, 173-177; R. BAUMGARTEN, «The Geographical Orientation of Ireland in Isidore and Orosius», *Peritia* III, 1984, 189-203.

Agradezco a F. Alonso Romero el haber llamado mi atención sobre este artículo.

68. *Supra*, n. 15, para éste y otros ejemplos.

«solistitium», refección etimologizante de «solstitium», las registra Jacques Fontaine como mayoritarias en los manuscritos del tratado isidoriano *De natura rerum* (VIII, 1-2) y entre ellas se encuentra precisamente la lectura «solistitio», en nominativo, idéntica a la que da nombre a nuestra isla en el relato. En cuanto a la forma «Solitio» que nos da el mapa, podría entenderse como simple haplografía, quizá facilitada por una abreviatura no desarrollada del primer elemento de la anterior, de la que resultaría la lectura intermedia *Sol(is)titio*. Formas como «solicia», por «solistitia», y «solistiis», por «solstiti», están de hecho atestiguadas en manuscritos de las *Etimologías*.⁷⁰ Fuera en principio simple error de copista, a la consolidación de la forma «Solitio» pudo contribuir su casual resonancia de *solus* y *solitudo*. Como señala ya M. Díaz y Díaz, tales términos se reiteran en rebuscadas figuras etimológicas a lo largo del relato de Trezenzonio, a modo de lema de su ambientación eremítica.⁷¹

Insólitas en sus respectivos ámbitos de tradición, y compartiendo el calificativo de «magna» y una semejante localización, accesible desde las costas gallegas, «Solitio» y la «Solistitionis insula» exigen pues una explicación también conjunta, accidental y localizada. En la genealogía del mapa oxomense y del relato del viaje de Trezenzonio, hubo de contarse un común modelo cartográfico en el que la isla de Tule se acompañara de un letrero que indicase que allí se producía el solsticio estival; y algún copista —o el mismo autor del relato—, ayuno de saberes cosmológicos, pudo tomar la leyenda explicativa por el nombre mismo de la isla o por el de otra vecina.

Letreros de este tipo, como «hic ortus solis in aequinoctio», «occasus solis in natale Iohannis» (solsticio de verano) etc., se proponen como glosa del diagrama que ilustraría en *Etym.* III, 51, el capítulo *De effectu solis*, y de su aplicación práctica tenemos testimonio en un manuscrito de St. Gallen y, dentro de la tradición maerobiana, en algunos mapas y diagramas cósmicos del *Liber Floridus* de Saint-Omer.⁷² De hecho, en el mismo mapa oxomense figura un letrero de similar tenor que indica: «hic ortus est solis?», casi en el polo opuesto adonde se encuentra la apócrifa «Solitio magna», posible señal en su origen de algún otro efecto solar supuestamente correlativo. Dicho letrero en nada se diferencia, en cuanto a su formato, de las islas que orlan el orbe oceánico; en rigor, más que de representaciones de islas, con la descripción de sus contornos o magnitudes; se trata en estos mapas de cartelas que indican su nombre y situación aproximada, y fácil sería que el hipotético letrero que acompañara a Tule, quizá con la extravagante forma «Solistitio», acabara por entenderse como una isla más, independizado ya de aquella.

Algunos de los trazos con los que la isla maravillosa se configura en el relato de Trezenzonio, pudieran reflejar de hecho efectos solsticiales no del todo bien entendidos. La referencia de Plinio a Tule, «in qua solstitio nullas esse noctes indicavimus» (*Nat. Hist.* IV, 104), explicaría el que en «Solistitionis insula magna» nunca llegue a hacerse del todo de noche, aunque de días y de noches se hable luego en el relato. La densa oscuridad que envuelve su entorno —«in girum caligosa nubium obscuritas»—, es seguramente eco del *Ps.* 96, 3: «Nubes et caligo in circuitu eius», precedido como viene este versículo de la invitación «Laetent insulae mltae»; pero la reminiscencia bíblica pudo ser suscitada por la tosca interpretación de otra nota caracterizadora de Tule en *Etym.* XIV, 6, 4: «et nullus ultra eam dies est». La «verna temperatio» que reina en la misma isla es, en fin, obligado rasgo en todo lugar paradisíaco como eco de la «perpetua aeris temperies» que señala Isidoro en el Edén bíblico (*Etym.* XIV, 3, 2), pero pudiera también no ser ajena a una «solis statio» mal entendida como condición

69. Ed. cit., 205-207. La lectura «solistitio» se registra en el ejemplar veronense, París, BN, lat. 10.616. Paralelo caso de haplografía en un letrero insular se da en la forma «Furtuniaux» del mapa de Lorvão, por «Furtunatarum» (Osma), con error añadido en el desarrollo de la abreviatura final. *Supra*, n. 5.

70. LINDSAY, V, 34, respectivamente, en el manuscrito de Wolfenbüttel y en el *Tolteanus*.

71. DÍAZ Y DÍAZ, 108 y 110. Contando con homofonías, tenemos: «*sollitudines* predictae Gallie in intraui»; «in predicta *insula solus*»; «*solus prius tamen in orationibus*»; «*solito longius intuitus*».

72. MILLER, VI, 52, fig. 22, para el manuscrito de St. Gallen. Para el *Liber Floridus*, ff. 24v-25, 93v, 227v, pp. 50-51, 190, 454.

permanente.⁷³ Si el autor del relato supiera lo que el solsticio realmente significa, difícilmente hubiera asociado su nombre y lugar a la perpetua templanza climática.

«ET INSULAE DE LOCIS SUIS MOTAE SUNT» (Ap. 6, 13)

El hecho de que «Tile» aparezca igualmente en el mapa de Osma, frente a las costas de la «Germania superior» y con «Scotia» (Irlanda), «Britania» y «Euosus» interpuestas entre ella y «Solitio magna», no representa problema para nuestra hipótesis, habida cuenta de que en él abundan tanto los desdoblamientos de islas como sus localizaciones disparatadas. La inserción en pleno Atlántico del letrero «Beleares II sunt» —comienzo literal de los correspondientes parágrafos de Isidoro y Orosio (*Etym.* XIV, 6, 44; *Adv. Pag.* I, 2, 104)— no impide la presencia de «Maiorica» en la embocadura del Adriático. La localización atlántica de Ibiza («Euosus») ya ha sido reseñada y sobre ella volveremos luego. En compensación, en el Mediterráneo se duplica «Tabsum» y la presencia allí mismo, más o menos precisa, de las «Ciclade» y de «Delos» no es obstáculo para que ésta última reaparezca en el extremo austral del orbe oceánico, en la familiar compañía de «Abidos», «Cohos», «Tenedos» y «Rodos». Las «Gorgades» abandonan su lugar isidoriano, entre las Afortunadas y las Hespérides, atraídas quizá por su parcial homofonía con las «Orcades». Junto a ellas, frente a la India, comparece una «Stabel», que no sabría explicar, y novedad también, en relación al censo insular isidoriano, es la «Scadanaube» —eco de las temidas invasiones vikingas— que se inserta entre las tradicionales «Tanatus» y «Tile». La correcta localización septentrional de ésta, un tanto alejada de su hipotético doblete «Solitio magna», tampoco supone mayor problema. El mapa de Europa del *Liber Floridus* nos ofrece una «Thyle» junto a «Gades» y a continuación de «Yborus» (=«Euosus»), la vecina de «Solitio» en el mapa oxomense.⁷⁴

La génesis propuesta para «Solitio magna» ha de entenderse pues en el marco del problema más general que plantea la prolija composición de la orla insular del mapamundi de Osma, rasgo éste tan excepcional como prácticamente inédito en la correspondiente bibliografía. En los mapas de los restantes *Beatos*, las islas se reducen a las principales de las que cita Isidoro y se concentran, por tanto, en las orillas mejor conocidas del Norte y Oeste del orbe. Se diría que a Pedro y Martín, escriba e iluminador de nuestro manuscrito, no parece haberles satisfecho esta disimetría cósmica, y al igual que la soberbia intuición que refleja el mapa macrobiano llevó a duplicar simétricamente las zonas climáticas conocidas en las partes ignotas del globo, otro tanto quisieron hacer ellos al jalonar la totalidad del orbe oceánico con un continuo carrusel insular. Su opción puede parecer puramente estética: una cuestión de *horror vacui*, dado el declarado partido ornamental que revela la rítmica alternancia de islas y peces en torno a los continentes. Pero estética, formalmente regularizada, tendía a ser entonces —y por principio no del todo errado—, cualquier expresión de un concepto cósmico, y si la resultante topografía insular es más que disparatada, no carece de fuentes textuales que la autoricen.

En los epítomes cosmográficos de la Antigüedad tardía, la nómina de las islas del orbe se sistematiza, en efecto, en cuatro grupos correspondientes a las cuatro secciones del océano, incluyendo en ellas los mares tributarios o cercanos. La vaguedad con la que se entendía entonces un Oriente tan escasamente conocido, llevó a aplicar este criterio de proximidad con tanta amplitud que entre las «insulae orientalis oceani» vinieron a contarse Rodas, Delos o las Cícladas, en sorprendente vecindad

73. Para las noticias antiguas sobre Tule, R. HENNIG, *Terrae incognitae*, Leiden 1944, 155-182, esp. 159, con un texto de Solino sobre la dieta de sus habitantes, no muy diversa de la que disfrutó Trezenzonio. Para el paisaje paradisíaco, H. R. PATCH, *El otro mundo en la literatura medieval*, México 1956. Para el texto del relato, DÍAZ Y DÍAZ, 116-117; NASCIMENTO, 194-195.

74. *Liber Floridus*, f. 241, p. 481, ap. 105. Para su copia en Wolfenbüttel, ARENTZEN, lám. 18.

con Taprobana (Ceilán) o la «Insula solis» de Plinio, tal como las vemos en el mapa oxomense.⁷⁵ La más rigurosa autoridad de Isidoro de poco podría servir para enmendar el error, pues éste trata conjuntamente de las islas oceánicas y de las mediterráneas, segregándolas de los continentes vecinos y enlazando sus respectivos censos con una breve cláusula que pudo saltarse más de un lector desatento. Si a las *Etimologías* recurrieron Pedro y Martín, más bien parece haber sido en busca de justificación para el extravío al que los condujeron las simplificaciones escolares de los *geographi minores*. Al igual que la misteriosa emergencia de «Solitio magna», los largos desplazamientos impuestos a las citadas islas griegas parecen apoyarse en interpretaciones tan literales como erradas de las circunstancias topográficas y etimológicas que se indican en los correspondientes pasajes isidorianos. En particular, las referencias que se hacen al sol y a sus efectos al tratar de algunas de ellas son de especial relevancia para entender la peripecia de una posible indicación del solsticio estival que acabó por convertirse en la «insula magna Solistitionis».

Las islas griegas desplazadas al sector austral del océano se interpolan entre las «Speridum» y «Crise», últimas del Atlántico y primera del Índico en la relación de Isidoro. Aunque ocupen su lugar correcto o tradicional, por las Hespérides hemos de comenzar, y no tanto en virtud de su antiguo destino errático como por el modelo de extrema literalidad que su localización aporta con respecto al texto isidoriano. Tanto en el mapa de Osma como en el de Oña, se abre frente a ellas, en la costa africana, un golfo de sinuosos contornos, indicado con el letrero «SINVS», que parece reflejar *Etym.* XIV, 6, 10:

«Sunt enim... sitae sub Athlanteum litus in intimis maris sinus (...) Fertur enim ibi e mari aestuarium adeo sinuosus lateribus tortuosum ut visentibus procul lapsus angueos imitetur.»

A las Hespérides sigue, en el mapa de Osma, «Abidos», próxima a la embocadura del brazo oceánico que separa África del cuarto continente, en un marco topográfico asimilable al que Isidoro señala para dicha isla:

«Abydos insula in Europa super Hellespontum posita, angusto et periculoso mari separata, et Abydos graece dicta quod sit introitus Hellesponti maris...» (*Etym.* XIV, 17, 6).

Si lejos quedaban el Helesponto y Europa, no se negará que la «Abidos» oxomense se encuentra frente al «introitus» que lleva a un «angusto et periculoso mari», y hacia allí atrajo a la vecina «Cohos» (Cos), que Isidoro nombra a continuación.

Siguen a éstas «Delos», «Rodos» y «Tenedos», en el mismo orden en el que Isidoro las menciona incluyéndolas entre las Cícladas. Según el mismo autor, este archipiélago tomaría su nombre de su disposición «in orbem... circa Delum» (*Etym.* XIV, 6, 19), o bien de los escollos que a Delos rodean: «propter scopulos qui circa eadem sunt» (*Etym.* XIV, 6, 19). En un orbe se disponen las tres en nuestro mapa, aunque sea el oceánico; y a falta de «scopulos» en las cercanías de «Delos», una oportuna errata identifica a la raza de los esciápodos del vecino cuarto continente como «scopodum» (*sic*, por «scopiopodum «gens»»). Mera casualidad, probablemente, pero a los griegos debían su nombre los esciápodos, según Isidoro —«quos inde *skiopodas* graeci vocant» (*Etym.* XI, 3, 23)—, por lo que no extrañaría entonces que su tierra fuera accesible desde islas griegas.

Argumentos de mayor consistencia nos los proporciona la proximidad de las tres islas al letrero que indica en nuestro mapa al orto solar. Isidoro recuerda en efecto a Delos como la patria de Apolo

75. Así en la *Cosmographia* de Julio Honorio y en la atribuida a Aetico (RIESE, 25 y 73). Para la «Insula solis», *infra*, n. 76.

—del sol, por tanto— y como el primer lugar que el astro iluminó tras el diluvio de la gentilidad:

«Et dicta Delos fertur, quod post diluuium, quod Ogygi temporibus notatur, cum orbem multis mensibus continua nox inumbrasset, ante omnes terras radiis solis illuminata est; satitque ex eo nomen, quod prima manifestata fuisset visibus, nam *delon* graeci manifestum dicunt (...). In hac insula Latona enixa est Apollinem et Dianam» (*Etym.* XIV, 6, 21).

Al otro lado del disco solar y de la cartela que indica su orto, se encuentran, en fin, «Tenedos» y «Rodos». Que ésta sea recordada por su «Solis colossus» (*Etym.* XIV, 6, 22) justifica tal vecindad y viene a confirmar el papel que el sol hubo de tener en la selección y localización de las islas oceánicas en el mapa oxomense.

Es posible que el letrero mismo que señala el orto del sol fuera también entendido como indicación de una isla. K. Miller lo relaciona, en efecto, con la «Insula solis» que Plinio sitúa próxima a Taprobana (Ceilán), donde la localiza igualmente uno de los mapas del *Liber Floridus*.⁷⁶ Julio Honorio la menciona —en una serie en la que figura también «Rhodos»— como «insula Solis appellata Perusta», con lo que parece asimilarla, o aproximarla al menos, a las tierras abrasadas del cuarto continente, imaginadas como insulares en el más antiguo mapa isidoriano conocido: «insula incognita arduo solis, IIII^{ta} parte mundi» —se cree leer en el correspondiente rótulo—⁷⁷ Cercano a «Tabrodane» y junto al extremo oriental de la «regio ab ardore solis incognita nobis» se presenta el mencionado letrero en el mapa de Osma, y si el antonomástico nombre de la «Insula solis» podría ya invitar a relacionarla con tal lugar, a ello pudieron contribuir también las interpretaciones fantasiosas que suscitaba la inversión, allí señalada por Plinio, del orto y ocaso solares.⁷⁸

Así pues, contando con esta posibilidad y con que las «Beleares II sunt», serían veinticuatro las islas que orlan el orbe oceánico del mapa oxomense, repartidas en series de doce en cada uno de los hemisferios: «Argire», «Crise», «Rodos», «Tenedos», «Tabrodane», la anónima donde «ortus est solis?», «Delos», «Còhos», «Abidos», «Speridum», «Furtunatarum» y «Gadis», en el austral; y «Beleares II sunt», «Solitio magna», «Euosus», «Britania», «Scotia», «Tile», «Scadanaube», «Tanatus», «Orcaedes», «Gorgades» y «Stabel», en el septentrional. La elección de este número y su estricta bipartición no ha de ser casual; además de confirmarnos el papel que la simetría hubo de desempeñar en la multiplicación y desplazamiento de las islas, parece abundar en la posible conexión de algunas de éstas con el curso y efectos solares.

A este respecto, no estará de más recordar que Isidoro relaciona las horas que miden el diario curso solar con las orillas de mar: «Hora enim finis temporis, sicut et ora sunt finis maris» (*Etym.* V, 29).⁷⁹ En conexión con un mapa en el que tanto énfasis se pone en el sol y en su orto junto a la orilla del océano, tal etimología no podría ser más sugerente. De hecho, la inclusión del sol en esta tradición cartográfica es rasgo de excepción, que se limita al ejemplar oxomense, al de Oña y al llamado *Beato Gascón* o Navarro de la Biblioteca Nacional de París, donde se figura también la luna. Si de la estrecha interrelación entre los mapas de Osma y de París daba ya cuenta la común representación del esciápo, en la presencia de motivos astrales compartirían el precedente del ya mencionado mapamundi isidoriano de la Vaticana.⁸⁰ Se ha querido ver allí al sol y a la luna en los esquemáticos dibujos que

76. MILLER, I, 60. Para el texto de PLINIO, *Nat. Hist.*, VI, 87-88, y 97, ed. cit., 402-405 y 412-413. Para su localización, MILLER, II, lám. 11, y III, 12 (mapa de Oriente de San Jerónimo); *id.*, III, 46 y 50, fig. 8; ARENTZEN, fig. 18 (*Liber Floridus* de Wolfenbüttel).

77. RIESE, 28. Para el mapa, *supra*, n. 15.

78. Cit. n. 76.

79. No es raro encontrar por entonces *ora* («orilla») escrito *hora*, lo que haría aún más obvia la asimilación.

80. Para el mapa de la Vaticana, *supra* n. 15. Para el del *Beato* Navarro, n. 13.

marcan los polos NE y SO del orbe, pero pudiera tratarse mejor de indicaciones del orto y ocaso solares, de las míticas «ianuae caeli» que aún admite Isidoro (*Etym.* III, 40, y XIII, 1, 6).

Por lo que se refiere al efecto estacional del sol, hay que notar también que Isidoro hace confluir al año y al océano en una misma imagen etimológica. Si al «Oceanum Graeci et Latini ideo nominant eo quod in circuli modum ambiat orbem» (*Etym.* XIII, 15, 1), «annus» viene a ser como «anulus, quasi annuus, id est circulus quia in se redeat» (*Etym.* V, 36, 1). Si las estaciones se vinculan a los cuatro puntos cardinales, como los solsticios a los dos hemisferios (*Etym.* V, 34, 3, y 35, 7-8), la regularidad circular del tiempo se materializaría así en la circularidad de un orbe también simétrico hasta en el número de islas que bordean sus orillas, al igual que las horas delimitan los días y los meses y estaciones los años. La orla insular vendría pues a cumplir un papel paralelo al de un orbe zodiacal, como punto de referencia, en la tierra, para el curso solar.

No por ello perderíamos de vista el objeto original de nuestro mapa, cual era el de dar cuenta de la predicación apostólica en todo el orbe habitado. Las islas se evocan o invocan en la Biblia, particularmente en Isaías, para significar, por sinécdoque, los confines de la tierra y con ellos su totalidad, y en tales pasajes podría estar la inspiración última de la proliferación insular que se da en el orbe oceánico oxomense.⁸¹ Por otra parte, el repertorio de metáforas cosmológicas aplicadas a los apóstoles, comparados a los meses del año, los signos del zodiaco, las horas del día o los doce rayos del sol, es tan amplio como antiguo. El propio texto del *Comentario* de Beato nos lo recuerda, justo al presentar el mapa que ilustra su misión: «Hi sunt duodecim horae diei, quae per Christum solem illuminantur».⁸² Sobre la misma imagen insiste el ya citado y coetáneo himno *Q dei verbum*:

«Riteque gemmis sol —dies duodecim
Emitens horis, margaritis obtimis—
Glicisque mundi iam fugatis tenebris;
Et candelabra tibi superposita
Micant lucernis bis senis apostolis»;

y en un similar marco de exaltación jacobea resume el sermón *Veneranda dies*: «Tunc sol radios suos emisit, quando Christus apostolos suos Spiritu Sancto repletos, per omnem nundum misit».⁸³

Tales imágenes llevarían a evocar otra vez la ya mencionada y discutida Pentecostés —o Misión apostólica— del tímpano de la Magdalena de Vézelay. Un Cristo que se diría solar, dispensa allí el Espíritu a sus apóstoles en forma de rayos, en el marco cósmico que le proporcionan los meses del año y los signos del zodiaco representados en la arquivolta.⁸⁴

Hasta qué punto podrían reflejarse en el mapa de Osma todos estos datos y asociaciones, como un sistema cosmológico y simbólico coherente, es extremo sobre el que no me atrevería a pronunciarme. Cualquier obra de ambición sistemática y exhaustiva, cual fueron las *Etimologías* isidorianas, acaba por generar paralelismos y conexiones conceptuales imprevistas por su autor, como si las pala-

81. Cfr. *Is.*, 41, 1; 42, 10; 49, 1; 60, 9; *Ps.* 96. La proliferación de islas por todo el orbe oceánico es otro de los rasgos que el mapa oxomense comparte con ejemplares ultrapietresnaicos. Véase, en particular, el que GAUTIER DALCHÉ pone en relación con la *Descriptio* de Hugo de San Victor, quien cuenta treinta y tres islas oceánicas en su opúsculo (cit. n. 15, 135, láms. I-II).

82. Ed. ROMERO POSE, I, 192. La frase inicia justamente el pasaje que introduce la ilustración de la diáspora apostólica. Beato reconoce también a los apóstoles y a los patriarcas en los ancianos apocalípticos, simbolizados a su vez en las veinticuatro horas de un día que sólo fue pleno con la venida de Cristo y la elección en los primeros: «Vos estis lux mundi» (*ibidem*, II, 450-451). Para el origen y desarrollo de esta imaginaria véase J. DANIELLOU, *Les symboles chrétiens primitifs*, París 1961, 131 y ss.; W. HÜBNER, *Zodiakus Christianus. Jüdisch-christliche Adaptationen des Tierkreises von der Antike bis zur Gegenwart*, Königstein/Ts. 1983, esp. 37-50.

83. Para el himno, *supra*, n. 35. Para el sermón, *Liber Sancti Jacobi*, I, xvii, ed. WHITEHILL, 172. Véase también I, ii, 25, donde los apóstoles aparecen como las «duodecim horae uere diei et duodecim noctis mundane, et duodecim radii ueri solis», anunciados «per duodecim signa caeli, per duodecim menses anni». En relación con la conspicua presencia del faro brigantino en nuestro mapa, tampoco será ocioso recordar que a Santiago se le califica en el *Liber*, por dos veces, de «alta Pharos» en versos adaptados de Venancio Fortunato y en un contexto por cierto cosmográfico (I, xvii y xxx, 151 y 247).

84. *Supra*, n. 28.

bras y las cosas se liberaran a la inercia de un pensamiento que les fuera propio; y éste no podría encontrar cauce más adecuado para su divagación que las exigencias de simetría, regularidad e interrelación, aun meramente estéticas, que rigen el trazado de un mapa como el oxomense. Las fronteras entre lo que allí pueda deberse a la intención y al azar de propio sistema son así imprecisas. La prudencia invitaría a considerar dicho mapa como copia de un modelo no del todo bien entendido, en el que tanto las lecturas del texto isidoriano como su proyección simbólica se ofrecerían con mayor consecuencia.

La misma forma «Solitio magna» con la que se presenta la legendaria isla del solsticio en el mapa de Osma, nos confirma que no pueden atribuirse a Pedro y Martín todas las novedades y rarezas que en él se detectan. La hipótesis aquí propuesta acerca de su origen exige, por lo menos, dos eslabones previos al mapa oxomense: la introducción junto a Tule de un letrero indicador del solsticio y la posterior identificación de éste como una isla llamada «insula magna Solistitionis» o ya *Solistito magna*. Quizá fuera el autor del relato de Trezenzonio quien confundió, en un mapa, el letrero alusivo al solsticio con una isla, y esta sanción libresca vendría a su vez a revertir, directa o indirectamente, en el de Osma.

GEOGRAFÍA VIVIDA Y GEOGRAFÍA LEÍDA

Por lo que respecta al desplazamiento de las Baleares al Atlántico, hay que contar también con la dudosa autoridad de Julio Honorio. De acuerdo con la sistematización ya vista para las islas del Oriente, las del Mediterráneo occidental pasan a integrarse, en su catálogo, en el océano del mismo nombre, en una secuencia que incluye «Hibero» (Hibernia), «Mevania» (Man), «Britannia», «Ebusus» (Ibiza), «Balearis maior», «Balearis minor», «Corsica» y «Orcades».⁸⁵ Salvo la omisión de «Mevania» y «Corsica» y el cambio de nombre de «Scotia» por «Hibero», tal es la serie que Osma nos ofrece, con la novedad de «Solitio magna». En el mapa de Europa que ilustra el *Liber Floridus*, el letrero «Yborus», seguramente relativo a Ibiza, se sitúa también en pleno océano, frente a Lusitania y a continuación de «Hibernia», «Scotcia», «Britannia» y «Mevania». A esta última se la conoció también como «Eubonia»,⁸⁶ susceptible de confusión con «Euosus» — «Ebosus», en Isidoro —, atlántica y vecina de «Britannia» en el mapa de Osma.

Pero tanto más elocuente, por tratarse de un testimonio directo, es la ya mencionada relación del cruzado inglés que participó en la conquista de Lisboa, en 1147. Nada más avistar tierras peninsulares, cree encontrarse nuestro viajero ante la «Balearicam majorem scilicet montium Pyrineorum capita» (!). Tras arribar a Gijón (?) y bordear la costa hacia el Oeste, el cabo Ortegal se le presenta como «Ortiglia», sobrenombre de la isla de Delos que recoge Isidoro y que nos la devuelve a orillas europeas aunque no sean griegas. Tras las escalas, ya comentadas, «ad Turrem Faris» y en Cesures, con visita incluida al santuario jacobeo, la geografía fantástica vuelve a imponerse con la arribada «ad insulam quae vulgo Flamba vocatur», sin duda la Flamia o Framio que suena en documentos gallegos y que se ha querido identificar con una de las Estelas, frente a Bayona; para nuestro viajero, no hay sin embargo duda de que esta isla «una ex Balearis est», quizá por la «cuniculorum copia et serpentium» que allí se encuentra y que pudo recordarle la «Colubraria» (Dragonera) de Isidoro, «quae feta est anguibus» (*Etym.* XIV, 6, 43), aun sin conocer las dos que tienen por nombre Cunillera en el mismo archipiélago. Las ubicuas e innumerables Baleares reaparecen, más justificadamente, con la mención de las Berlingas,

85. RIESE, 33 y 78. En pleno s. XIII, el mapa de S. Andrés del Arroyo sitúa también a «Mayorga» en el océano (MILLER, II, lám. 9; MENÉNDEZ PIDAL, 251).

86. *Liber Floridus*, f. 241, p. 481, ap. 105. Véase también el c. XXIII, «De insulis», f. 51v, p. 104, donde se abunda en la misma localización. Para «Eubonia», f. 68, p. 139 y ap., 55; GAUTIER DALCHÉ, 135; VAN HAMEL, 158 y 160.

«id est Baleares lingua corrupta». Frente a ellas, Peniche, más aislada entonces, deviene una prestigiosa «insulam Pheniceis». Más que en el ave de este nombre, en la palmera o en la púrpura debe de pensar nuestro autor en los fenicios, pues la identifica con «Gaddir», Cádiz, aunque la nota cromática no deja de estar presente al suponer que otro nombre suyo sea «Ericream», denominación, en realidad, de una isla vecina a la gaditana. Más allá de ésta «non est terra, ideo extremus noti orbis terminus dicitur», punto éste que refrenda al tratar de Lisboa. Al situarla sobre un «montem Artabrum pertingentem mare oceanum Gaditanum», es allí donde parece que

«litus Hispaniae finiat, et quod a circuitu ejus
incipit Gallicus oceanus, et fons septentrionalis
oceanus Atlantico et occasu terminatio ibidem»⁸⁷

En el relato de nuestro cruzado se mezclan e interfieren la experiencia directa de su itinerario, las noticias que sobre él ha podido obtener de los naturales del país y su conocimiento literario de la porción del orbe visitada. La geografía vivida se reelabora así sobre la pauta de una *imago mundi* que no sería mera representación mental, sino materializada en un mapa que quizá no fuera muy diferente del que ilustra el manuscrito de Osma. Las coincidencias son, al menos, dignas de nota. La isla que allí aparece más próxima a «Britania», frente a las costas gallegas, es «Euosus» (Ibiza), con la que Isidorio relaciona a la «Colubraría», posible fundamento de la ya vista identificación de «Flamba» con una de las Baleares. Éstas, con el letrero «Beleares II sunt», ocupan en el mapa de Osma todo el frente de la costa lusitana, desde el «F. Durius», con la línea que las separa a la altura de «Olisipona». Ello explicaría, junto con su relativa homofonía, su identificación con las Berlengas. Inmediata a ellas se encuentra, en fin, «Gadis», en pleno Atlántico y como la más occidental de las tierras del orbe oxomense, al igual que lo es «Gaddir» (Peniche) en la imaginación del cruzado británico, que hubo de regresar a su tierra satisfecho de haber casi concluido la reconquista peninsular.

Las míticas navegaciones llevadas a cabo por Ith y Trezenzonio o las reales del cruzado inglés, se produjeron pues por los mismos cauces por los que discurrieron la proliferación y deriva de las erráticas islas del mapamundi del Beato de Osma: a través de un orbe que no era sólo un *orbis pictus*, sino también un *orbis dictus* o *scriptus*, construido tanto de lábiles palabras como de equívocas imágenes. A la larga, ningún otro nivel de sentido en la interpretación de los textos resultó más imaginativo y alegórico que el literal, con el aleatorio concurso del error y el sistemático de la etimología. Abandonada a la libre imaginación, figurativa o acústica, del intérprete, a su cultura como a su incultura, la etimología se erigió en un método de recreación de la realidad, más que de su exégesis. La metáfora del universo como libro, tan reiterada en la Edad Media, se hizo así reversible en la realidad y fue el libro, con su ilustración, el que se constituyó en universo. Isidoriano en su origen, como toda la familia cartográfica a la que pertenece, el mapamundi de Osma lo es aún más en todo aquello que de Isidorio se aparta, en la inercia misma de su método.

87. *Crucisignati Anglii Epistola*, 392-397; *Conquista de Lisboa*, 21-34. A Compostela dice llegar el cruzado por el río Tambre, pero dado que sitúa el puerto a sólo siete millas de la ciudad y cercano a Iria, hay que pensar en el Ulla y en Cesures, conocido entonces como «portus Beati Iacobi» (cfr. *Hist. Comp.*, III, xvii; trad. SUÁREZ, cit. n. 39, 445, n. 2). Para la identificación de «Flamba» con «Flamia» o «Framio», véase la ed. cit. del texto, 393, n. 2, con referencia a la *Hist. Comp.*, I, ciii; trad. SUÁREZ, 193, n. 3, con referencia a LÓPEZ FERREIRO, *Historia*, II, 233 y ap., 65. Marciano Capella sitúa, entre Córcega y Cerdeña, unas «Cuniculariae insulae», convertidas en algunos manuscritos en «Corniculariae» (GAUTIER DALCHÉ, 67 y 136), y PLINIO presenta a las Baleares infestadas de conejos (III, 79, ed. cit. 58). La deuda, sea o no directa, con este autor es clara en el confuso pasaje relativo a Lisboa (cfr. PLINIO, IV, 113-114, p. 206), donde *«litus»* está por «latus», «fons» por «frons», y todo malentendido.

Buena parte de nuestra exploración de las particularidades del orbe oxomense ha tenido por escenario a Galicia, coincidiendo sin duda con intereses compartidos por quien lo concibió. La extensión reconocida a su territorio, la inusual relevancia del río Miño, el énfasis puesto en el santuario jacobeo y en el faro brigantino, así como la familiaridad con la imagen de éste y con la imaginaria navegación que suscitó, son otros tantos indicios dignos de tener en cuenta a la hora de establecer la genealogía del manuscrito. No son pocos los mapas medievales —o sus correlatos literarios— que nos declaran su origen en sus concesiones localistas. Si el cosmógrafo siente realmente su tarea, las menudas realidades del entorno inmediato acaban por hacerse un lugar en los abstractos esquemas heredados de la tradición.

Testimonio de excepción, en este sentido, lo da el mapamundi del *Beato* de Saint-Sever con la monumental imagen que ofrece de la «Ecclesia Sancti Severi», en medio de una inmensa Galia especialmente prolija en noticias sobre Aquitania y el Languedoc.⁸⁸ Ya en la apasionada referencia que hace Orosio al faro de Brigantia, se quiso ver la huella de su origen galaico y hasta un argumento para precisar su nacimiento en La Coruña.⁸⁹ En el dominio de la cartografía literaria, la marca local llega a hacerse, de hecho, licencia cómplice con un lector comprensivo. Así, Baudri de Bourgueuil, al describir los ríos del orbe que decoraba el pavimento de los aposentos de Adela de Blois, pone especial énfasis en las amenas riberas del Loira: «Quem si scriptores antiqui praeteriere/ Invidia tacti non ego praeterere». Pero aún va más lejos al detenerse a cantar las virtudes de un afluente de éste, que baña su pueblo natal: «Est et adhuc fluvius non parui nominis, undas/ Qui sociat Ligeris: Cambio Burgulii».⁹⁰

Baudri parece haberse adelantado en más de ocho siglos a Fernando Pessoa en la opción incondicional por el «río que corre pela minha aldeia». Pero su gesto no es único. En la discutida atribución a Gonzalo de Berceo del *Libro de Alexandre*, ha tenido cierto papel la interesada aproximación a la topografía celtibérica que se detecta en la descripción del orbe representado en la tienda del monarca macedónico. Soria cuenta allí entre las principales ciudades hispanas y especial atención recibe también el entorno de San Millán:

«Tajo, Duero e Ebro, tres águas muy cabdales
 Cogolla e Moncayo, enfiestos dos poyales,
 y en España have estos çinco señales,
 con mucho buen castillo e villas naturales».⁹¹

Fuera quien fuese el autor del *Libro*, es muy probable que al imaginar el mapamundi que decoraba la tienda de Alejandro tuviera presente un mapa como los que ilustran nuestro *Comentario*. «Con mucho buen castillo» se nos presenta, en efecto, el contemporáneo mapamundi del *Beato* de San Andrés del Arroyo, en un despliegue y estilización que suenan a heráldica recién estrenada en el reino.⁹² En la no menos abigarrada cartografía del *Beato* Gascón o Navarro de París, llama en fin la atención el realce que se le da a «Asturica» —Astorga—, entre los escasos topónimos reconocibles: un dato a tener en cuenta para revisar su incierta procedencia.⁹³

En el caso del *Beato* de Osma, no parece, en principio, que los localismos cartográficos sean marca de origen. Los trabajos de B. Shailor y J. Williams en este mismo volumen establecen, con

88. *Supra*, n. 5.

89. Véase TORRES RODRÍGUEZ, cit. n. 52, 25-26.

90. BALDRICUS BURGULIANUS, cit. n. 42, vv. 877-890. El elogio «nullus amoenior amnis» hace del Loira el río por antonomasia, pues en *Etym.* XIII, 21, 3, se deriva «amnis» de «amoenitas». Sobre el pretendido valor documental del poema, X. BARRAL I ALTET, «Poésie et iconographie: Un pavement du XIII^e siècle décoré par Baudri de Bourgueuil», *Dumbarton Oaks Papers* XLI, 1987, 41-54.

91. Cit. n. 34, 2580, p. 386.

92. Reproducción, *supra*, n. 85.

93. AVRIL, cit. n. 5, 66.

sólidos argumentos, su procedencia del escriptorio de Sahagún. Nada tengo por mi parte que objetar, habiendo ya recurrido en otro lugar a comparaciones entre algunas de sus miniaturas y la escultura monumental de Sahagún y de Frómista, para poner de relieve la vinculación del primer románico de Tierra de Campos a la implantación cluniacense.⁹⁴

En la filiación leonesa de nuestro códice abundan las concordancias que Janine Wettstein ha señalado entre algunas de sus viñetas y las pinturas del pórtico de San Isidoro de León.⁹⁵ Tan sugestivas como desconcertantes resultan estas relaciones, pues de no contar con la fecha precisa de 1086 para el *Beato*, los habituales criterios de derivación estilística nos llevarían a ver en él una robusta versión castiza del arte, más depuradamente gálico, desplegado en el ciclo mural leonés. Si la referida data se estima en exceso temprana para éste, hay que convenir, en consecuencia, en que un estilo de similar tradición, aunque menos evolucionado, estaba ya implantado por entonces en León. En efecto, los rasgos arcaizantes que presentan algunas miniaturas del códice oxomense no remiten sólo a las precedentes tradiciones hispánicas, sino también a corrientes ultrapirenaicas más tempranas que las representadas en San Isidoro. Tal es el caso de ciertos ecos o citas del *Beato* de Saint-Sever, notados ya por J. Williams, de reminiscencias del *Diurnal* de Fernando I y Sancha o, incluso, del *Beato* de Facundo, en lo que éste tiene de protorrománico.⁹⁶ Si con el *Diurnal*, datado en 1055, se introdujo el estilo románico en los reinos occidentales hispánicos, el *Beato* de Osma viene a documentar su aclimatación en el dominio de la ilustración libraria. Su estilo —o estilos—, de filiación aquitano-languedociana, cuenta con paralelos casi coetáneos en Aragón —sobre todo, para las iniciales— y con una descendencia regional, más o menos directa, que alcanza ya al siglo XII. La seca formulación de los tipos faciales en el *Liber Testamentorum* ovetense está dentro de su tradición. La incertidumbre que ha existido sobre el origen de nuestro códice y la diversidad geográfica y técnica de las relaciones que se le han atribuido, evidencian el carácter ya plenamente epocal de su arte y el eclecticismo de su filiación.⁹⁷

Entre estas relaciones nos interesan, en particular, las concordancias señaladas por H. Schlunk en la cubierta del sarcófago de Dume, del último cuarto del siglo XI. A la coincidencia en una rara fórmula iconográfica, se añade el rasgueo que define los ropajes en el relieve portugués, como si el escultor estuviera transcribiendo a la piedra el vocabulario de un manuscrito estilísticamente emparentado con el oxomense.⁹⁸

94. S. MORALEJO, «The Tomb of Alfonso Ansúrez († 1093): Its Place and the Role of Sahagún in the Beginnings of Spanish Romanesque Sculpture», *Santiago, Saint-Denis, and Saint Peter. The Reception of the Roman Liturgy in León-Castile in 1080*, ed. B. F. Reilly, Nueva York 1985, 63-100, esp. 75, figs. 1, 3 y 9. Para figuras comparables en el *Beato*, con amplios mantos cerrados y técnicas de pliegues tubulares, ff. 91, 92v, 109, 11, 114, 130, 132 y 133.

95. J. WETTSTEIN, *La fresque romane. La route de Saint-Jacques, de Tours à León*, Ginebra - París 1978, 134, lám. XIV; cfr. ff. 136-138v del manuscrito. Compárese también la figura del segador en el f. 131v con la personificación del mes de junio en León (A. VIÑAYO GONZÁLEZ, *Pintura románica. Panteón Real de San Isidoro - León*, León 1979, fig. 38) y el Pantocrátor leonés (*ibid.* fig. 31) con los de ff. 21, 70v, 73v, 89, 102v, 157v y 159v de Osma.

96. Como indica aquí mismo WILLIAMS, los esbeltos ángeles con pliegues al viento del f. 135 suponen cierta familiaridad con la tradición artística común al *Beato* de Saint-Sever y al *Diurnal*, cuyo *ex libris* ofrece además un modelo directo para el f. 166 del códice de Osma. Pero la peculiar imaginería demoníaca que en éste se despliega obliga a contar también con el precedente de Saint-Sever, como ya vio J. YARZA («La peregrinación a Santiago y la pintura y miniatura románicas», *Compostellanum* XXX, 1985, 369-393, esp. 374). Tales influencias dan un toque paradójicamente moderno a un manuscrito posterior en treinta años a las citadas fuentes, pero cuyo real substrato estilístico remite todavía a obras como el *Beato* firmado por Facundo en 1047 (repr. en H. S. STIERLIN, *Le Livre de Feu*, Ginebra 1978). Compárese, por ejemplo, la figura de María en las genealogías de este manuscrito (f. 5v) con la mujer apocalíptica o las personificaciones de Babilonia en el *Beato* de Osma (ff. 117v, 40v y 142v), que a su vez anuncian los tipos femeninos del *Liber Testamentorum* de Oviedo. Para el ambiente artístico aquí evocado, véase también M. GÓMEZ-MORENO, *El arte románico español*, Madrid 1934, 15-23; D. FERRIER, «Die spanische Kleinplastik des 11. Jahrhunderts», *Aachener Kunstblätter* LIII, 1984, 29-150; J. WILLIAMS, «Le Beatus de Saint-Sever, Etat des Questions», *Saint-Sever*, cit. n. 5, 251-263.

97. En el *Liber Testamentorum* hay citas evidentes del ciclo mural de S. Isidoro (S. MORALEJO, «Artistas, patronos y público en el arte del Camino de Santiago», *Compostellanum* XXX, 1985, 395-430, esp. 411-412, n. 37), lo que quizás explique sus concordancias con Osma. Para los paralelos aragoneses —Biblia de San Juan de la Peña y códices litúrgicos de la Catedral de Huesca—, GÓMEZ-MORENO, lám. XVI; J. DOMÍNGUEZ BORDONA, *Ars Hispaniae* XVIII, Madrid 1962, 62, figs. 63-68; S. MORALEJO, «Les arts somptuaires hispaniques aux environs de 1100», *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxa* XIII, 1982, 285-310, esp. 293-294. Las afinidades que se han señalado en los marfiles del Arca de San Millán (PERRIER, 118-122), de filiación muy diversa, valen al menos como paralelo testimonio de la ecléctica conjunción de substratos e influencias que nuestro *Beato* representa.

98. H. SCHLUNK, «Ein Sarkophag aus Dume im Museum in Braga», *Madrider Mitteilungen* IX, 1968, 424-458; id., «Entwicklungsläufe der Skulptur auf der iberischen Halbinsel vom 8. bis 11. Jahrhundert», *Kolloquium über spätantike und frühmittelalterliche Skulptur* (Heidelberg 1970), Maguncia 1971, II, 121-137, esp. 131-136. Véase los ff. 109 y 130 del manuscrito, con las figuras de Cristo y un ángel con un libro abierto sobre su pecho, tal como aparece el propio Cristo en la cubierta del sarcófago de Dume.

Por su cronología, anterior a la independencia de Portugal, el sarcófago de Dume es todavía una pieza «gallega» —de la Galicia Braçaense— y más aún por pertenecer entonces Dume a la sede de Mondoñedo.⁹⁹ Precisamente, la antigua Catedral de San Martín de Mondoñedo, nos brinda otro singular testimonio de la trascendencia de la imaginaria del *Comentario* de Beato a la escultura en piedra: En el tosco frontal que allí se conserva, señalé ya, en otro lugar, una síntesis de motivos apocalípticos, con particular referencia a Ap. 22, 8-9 y en concordancia con la ilustración de este pasaje en el *Beato* de Lorrão (figs. 9-10).¹⁰⁰ Si a los relieves de Dume y Mondoñedo se añade el ya mencionado mapa mural de San Pedro de Rocas, resulta que la antigua Galicia aporta nada menos que tres de los rarísimos testimonios de la fortuna monumental de los *Beatos* —mucho más modesta de lo que en otro tiempo se pretendió—, y todos ellos, además, dependientes de la limitadísima familia I.

Postular para Galicia un papel relevante en la tradición de la primera edición figurada del texto de Beato parecerá más que osadía. No se ha podido demostrar —ni aventurar siquiera— un origen gallego para ninguno de los códices conservados y el ejemplar perdido que vio Ambrosio de Morales en San Salvador de Celanova pertenecía a la familia II, como se deduce de la referencia que en él se hacía a Eterio.¹⁰¹ Pero, aparte de los testimonios monumentales indicados, contamos con el *Beato*, ya portugués, de Lorrão, cuya genealogía pudo en parte discurrir por cauces gallegos; con los síntomas galaicos que presenta el mapamundi de Osmá, y con la rara mención de Astorga —parte de la antigua Gallaecia— en el *Beato* Navarro o Gascón. Las tardías fechas de todos ellos, como las de los relieves de Dumio y Mondoñedo o del mapa de Rocas, confirman una secular fidelidad del Occidente peninsular a las elementales pautas figurativas de la familia I, que sólo podría explicarse por su temprana recepción y profundo arraigo. Galicia, en particular, no podía permanecer ajena a un texto que tanto hubo de contribuir a fijar la tradición de la predicación de Santiago en España. Por ello se comprende mejor la preferencia galaica por su versión más antigua, cuya cartografía, hacía más explícita la vinculación del Apóstol a la tierra que le cupo en suerte y que se preciaba además de contar con su sepultura.

A lo largo de este trabajo, he sugerido más de una vez la atribución de algunas de las novedades cartográficas que presenta el *Beato* oxomense a un modelo perdido —y no del todo bien entendido— en el que pudieran explicarse mejor sus inconsistencias. Tal hipótesis nos permitiría también conciliar la segura procedencia de Sahagún de nuestro manuscrito con su apasionada información sobre realidades, intereses y fabulaciones galaicas. Imagino, en concreto, lo que pudo haber sido un *Beato* compuesto en Compostela durante los reivindicativos pontificados de Cresconio o de Diego Peláez, entre 1037 y 1086, en un marco cronológico concordante con el propuesto para el relato de Trezenzonio y cuando la sede jacobea abrigaba pretensiones que luego se verían frustradas.

Por lo que respecta a las relaciones entre los manuscritos de la familia I, nuestra encuesta sobre la cartografía oxomense suscita más problemas que soluciones, pero ni unos ni otras tienen por

99. DAVID, cit. n. 59, 164-165. En 1103 pasó Dume a depender de Braga, cuyo obispo, Geraldo, consta que fue consagrado en Sahagún en 1097 (REILLY, 265), donde se iluminó nuestro *Beato*. De Gonzalo, obispo entonces de Mondoñedo (1071-1112) y con jurisdicción en Dume hasta 1103, se dice que fue antes abad de Sahagún (P. de SANDOVAL, *Primera parte de las fundaciones de los monasterios del glorioso padre san Benito*, Madrid 1601, f. 71), pero sin base documental fehaciente. Por mi parte, no descartaría la posibilidad de una fecha algo más tardía para el sarcófago de Dume, habida cuenta de la estrecha vinculación de Geraldo al primado Bernardo y, por tanto, a Sahagún.

100. MORALEJO, «El mapa», 330-331 y n. 35. Para su paralelo en Lorrão, f. 217, EGRY, fig. 69. La figura de Juan se repite tres veces en el frontal de Mondoñedo y dos veces aparece como vidente en las correspondientes miniaturas de Osmá (f. 159v) y de Saint-Sever, f. 215 (*supra*, n. 5). En la ilustración de Ap. 19, 1-10 (Osmá, f. 149v; Saint-Sever, f. 199), una similar composición se acompaña del tetramorfo. El relieve de Mondoñedo incluye sólo el águila de Juan, sobre la cual se sienta el Cordero en un clipse; la composición del sector izquierdo viene así a evocar la adoptada en Saint-Sever, f. 109, para Juan como vidente del cuarto jinete, acompañado también del águila y del Cordero inscrito en un clipse. Sobre la reiteración de la imagen del Cordero en esta y otras miniaturas de Saint-Sever, WILLIAMS, «Le Beatus de Saint-Sever», 254-257. Para otras —y desviadas— interpretaciones del frontal de Mondoñedo, J. YARZA, en el cat. *Galicia no tempo*, Santiago 1991, 184-185, nr. 74, con selectiva amnesia bibliográfica. Al taller que labró esta pieza se debe parte de la decoración de las iglesias de San Martín de Mondoñedo y San Bartolomé de Tuy, y con él hay que relacionar también un relieve recientemente publicado como paleocristiano (!): J. DELGADO GÓMEZ, *La Crucifixión de la Iglesia de Hospital de Incio*, La Coruña 1987. Sobre el escaso eco de la imaginaria del *Comentario* fuera del ámbito librario, X. BARRAL I ALTET, «Repercusión de la ilustración de los Beatos en la iconografía del arte monumental románico», *Actas*, cit. n. 5, II, 35-54; P. KLEIN, «Les apocalypses romanes et la tradition exégetique», *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxa* XII, 1981, 123-146, esp. 134, fig. 12.

101. *Viage de A. de Morales*, ed. H. Flórez, Madrid 1765, 155.

qué afectar al *stemma* actualmente vigente. Por fecundo que fuera como modelo para las ilustraciones a doble página, el mapamundi no dejó de ser, hasta cierto punto, un cuerpo extraño en el *corpus* figurativo del *Comentario*; una imagen con su tradición propia y particularmente permeable a la realidad histórica así como al progreso o degradación de los conocimientos geográficos. Lo que se diga, pues, sobre la media docena de mapas de los que aquí se ha tratado, no ha de entenderse necesariamente como extensivo a los códices a los que cuatro de ellos pertenecen.¹⁰²

Las más estrechas concordancias se dan sin duda entre los de Osma y Oña, tanto en los perfiles generales de su topografía como en las fórmulas de notación de algunos de los accidentes geográficos. Comunes a ambos son también la inclusión del sol, la forma rectangular del Paraíso con los cuatro ríos por diagonales, y la indicación, excepcional, del «SINVVS ‹Hespericus›». Aunque el mapa de Oña es posterior y quizá recoja algún rasgo e información toponímica de la rama II, parece ofrecer una versión más fiel a la tradición original; más o menos, la que hubo de servir de punto de partida para la imaginativa reelaboración que el mapa de Osma representa.

Más arcaizante se presenta aún el mapa de Lorvão, coincidente con el estrato antiguo que documenta el de Oña en el elemental esquematismo con que se indican las ciudades y las efigies apostólicas. Difiere, en cambio, en la fórmula adoptada para la representación del Paraíso, por medio de un semicírculo en el polo oriental del orbe, que cuenta con antecedentes en la tradición isidoriana.¹⁰³ El cuarto continente ocupa allí además el sector sureste, con el océano que lo segrega en disposición oblicua.

Si la drástica geometrización del mapa de Lorvão se tiene por indicio de una mayor adhesión al arquetipo, el carácter más descriptivo que presentan los de Osma y Oña —y que se acentúa en el de Saint-Sever— supondría una reelaboración total de su concepto; si no tan radical como la representada por la familia II, que alteró su formato, no menos decisiva para su posterior tradición. Es aquí donde habría que situar el injerto, ya comentado, de la cartografía de Tierra Santa, que se acompañaría de algunas otras precisiones topográficas que no recoge la familia II. El mapa de Saint-Sever fue aún más lejos en esta reedición crítica del arquetipo. Aparte de su evidente deuda con la familia II, el esquema O-T queda allí desfigurado por las pretensiones referenciales de los contornos costeros. Las islas dejan de identificarse con las cartelas que las designan para adoptar formas elipsoides, de vaga intencionalidad naturalista, similares a las que se encuentran en el mapa isidoriano de la Vaticana, y sus prolijos letreros incluyen referencias a sus magnitudes tomadas de Orosio.¹⁰⁴ De retorno a las fuentes —de la cartografía «científica» más que de la mística— cabría hablar y de esta actitud participa relativamente, como hemos visto, el mapa de Osma.

Aunque del códice de Saint-Sever puede decirse que inaugura y concluye su propia familia, no es de excluir que su mapa haya compartido algún tramo de la tradición común a los de Osma y Oña. La hipotética versión reformada que estos tres mapas reflejan entraría ya, quizás, en el siglo XI, y a ella habría permanecido ajena la tradición del mapa de Lorvão. Pero el letrado que éste presenta

102. Véase P. K. KLEIN, *Der ältere Beatus-Kodex Vitr. 14-1 der Biblioteca Nacional zu Madrid*, Hildesheim - Nueva York 1976, I, 176-217 y II, 656, fig. 36; *id.*, «La tradición pictórica de los Beatos», *Actas*, cit. n. 5, II, 85-115, fig. 2; y la discusión de WILLIAMS de las relaciones entre Osma y Lorvão en este mismo volumen. Para los mapas que a continuación se comentan, *supra*, n. 5.

103. MENÉNDEZ PIDAL, lám. VII (Escorial, P. I. 8, f. 187).

104. El citado mapa del Vatic. Lat. 6018, ff. 64v-65, viene siendo atribuido a un códice de las *Etimologías*, lo que ha llevado a presentarlo como testimonio muy directo del arquetipo de los mapas de la rama I (*supra*, n. 15). Según me indica J. Williams, los textos isidorianos son allí sólo una parte entre otros de diversos autores. Por otro lado, si la filiación isidoriana de este mapa es innegable, su semejanza con los que ilustran el *Comentario* resulta tan superficial como engañosa. A diferencia de éstos, no está orientado; el clásico esquema O-T queda allí desvirtuado por la intención descriptiva con la que se tratan las costas e islas mediterráneas, y el cuarto continente se desplaza hacia el Oeste. La verdadera descendencia de este mapa ha de buscarse en ejemplares ultrapirenaicos como los que ilustran la *Imago mundi* de Enrique de Maguncia o el códice francés de las *Etimologías* conservado en Munich (*supra*, n. 15). Similares formas elipsoides se dan también en éstos a los contornos continentales, exhaustivamente articulados por golfos (*sinus*) entre los que se proyectan masas peninsulares (cfr. GAUTIER DALCHÉ, 82). Si el mapa de Saint-Sever y, en menor medida, el de Osma recuerdan en alguna medida al de la Vaticana, no es tanto por lo que ambos deban a su ancestral tradición hispánica, como por lo que representan de reelaboración de ésta a partir, probablemente, de fuentes foráneas comunes a los paralelos aquí reseñados.

en el cuarto continente, con la mención de unos antípodas que se describen ya como esciápodos, viene a frustrar cualquier intento de reducir la filiación de nuestros mapas a un esquema lineal de progresivo enriquecimiento e independencia con respecto al arquetipo. El esciápodio se presenta como un accidente dentro de la ya muy restringida familia I, por lo que sorprende que los mapas de Osma y Lorrvão compartan tal particularidad siendo tan diversos en sus rasgos fundamentales.

En el mapa del *Beato* Navarro o Gascón, el esciápodio se acompaña, en cambio, de otros motivos que parecen ser, si no aportación original, al menos sí novedad reciente en el de Osma, como son la inclusión de edificios para figurar ciudades, la presencia del faro de Alejandría o la diseminación de las islas por todo el orbe oceánico. No creo que pueda entenderse dicho mapa sin el lejano precedente oxomense, y los síntomas galaico-leoneses que ambos comparten podrían explicar sus concordancias.

El mapa de San Pedro de Rocas incluye también el faro de Alejandría y quizás se indicaron en él ciudades o lugares apostólicos por medio de edículos. Los restos de su orla decorativa recuerdan, por cierto, la del mapa oxomense, y lo poco que en él nos queda de figuración humana llevaría a evocar tipos faciales del *Beato* Corsini, descendiente muy directo del de Osma.¹⁰⁵ Por desgracia, los deterioros sufridos por el mapa de Rocas en sus regiones occidentales nos impiden verificar si allí se dio también cabida al faro brígantino o a alguna isla emparentada con «Solitio magna». Quedan sólo restos de la cabeza de Santiago y de los letreros «GALL[ecia]» y «LVSITANIA», así como leves indicios de un río («F ...») que, por su localización, pudo ser el Miño. Se diría, pues, que este mapa presupone también la experiencia renovadora documentada por el oxomense, pero nos faltan concordancias en motivos de excepción que certifiquen de una relación más estrecha entre ambos. Es más, el mapa de Rocas ignora al esciápodio, y la leyenda y localización del cuarto continente lo aproximarían al de Lorrvão. Por otro lado, el de Rocas parece haber compartido con el Navarro o Gascón la personificación de los vientos, pero es éste un enriquecimiento accesorio, con fuentes en tradiciones cosmográficas ajenas a la del *Comentario* y probablemente diferentes en uno y otro caso. Testimonio elocuente a este respecto y de la pluralidad de modelos que pudieron concurrir en un solo mapa, nos lo proporciona el *Beato* de Turín. Siendo copia relativamente fiel del de Gerona, adapta su mapa al formato isidoriano de la familia I y lo completa con figuras de vientos inspiradas quizás en las del Tapiz de la Creación conservado en la misma Catedral gerundense.¹⁰⁶

Los entrecruzamientos de coincidencias y discordancias aquí reseñados —especialmente, el protagonizado por el esciápodio— nos indican que los perfiles que configuran esta familia cartográfica no se limitan a la común descendencia de remotos arquetipos, sino también a variantes, innovaciones e influencias que alcanzan a plena época románica, con lo que ello supone de una tradición viva y diversificada, dentro de la relativa circunscripción de su marco temporal y territorial. Dicho en otros términos y por lo que a Galicia se refiere, la cualidad de los testimonios de la fortuna del *Comentario* de Beato en el Occidente peninsular sugiere que ésta fue mucho más rica de lo que su cantidad nos da a entender. En ella bien pudo haber pues un lugar para el hipotético *Beato* compostelano que los síntomas galaicos del mapa oxomense reclaman.¹⁰⁷

105. MORALEJO, «El mapa», 325-327, y nn. 25 y 27. Comparo allí también la cabeza mejor conservada de Rocas con tipos faciales de la *Biblia de Avila*. Aunque el *Beato* Corsini sigue muy fielmente al de Osma, incluso en rasgos formales, su estilo apunta igualmente hacia el arte más desarrollado que se despliega en la citada Biblia.

106. C. CID, I. VIGIL, «El Beato de la Biblioteca Nacional de Turín, copia románica catalana del Beato mozarabe leonés de la Catedral de Gerona», *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses* XVII, 1964-1965, 163-329; P. de PALOL, *El tapiz de la Creación de la Catedral de Gerona*, Barcelona 1986, 108-115. El azar que llevó a este manuscrito a Turín todavía nos depara otro motivo de reflexión sobre la compleja genealogía de nuestros mapas. Si no constara documentalmente su tardía llegada a dicha ciudad, no faltarían argumentos para reconocer en él un modelo para el pavimento de la iglesia de San Salvatore. Véase al respecto E. KITZINGER, «World Map and Fortune's Whell: A Medieval Floor in Turin», *The Art of Byzantium and the Medieval West: Selected Studies*, Bloomington - Londres 1976, 327-356.

107. *Addendum*: Al corregir pruebas, he tenido conocimiento del artículo de Danielle LECOCQ, «La Mappemonde d'Henri de Mayence. Ou l'image du monde au xie siècle» (*Iconographie Médiévale. Image, Texte, Contexte*, ed. G. DUCHET-SUCHAUX París 1990, 153-207), cuya referencia sería oportuna en la discusión de algunas de las cuestiones que plantea el mapa de Osma. Así, para las consecuencias de una adhesión literal del diseño cartográfico a las fuentes escritas (en especial, por lo que se refiere a la topografía insular); el realce que allí se da a los centros de peregrinación o el trasfondo teológico y simbólico que gobierna la concepción entera del orbe.